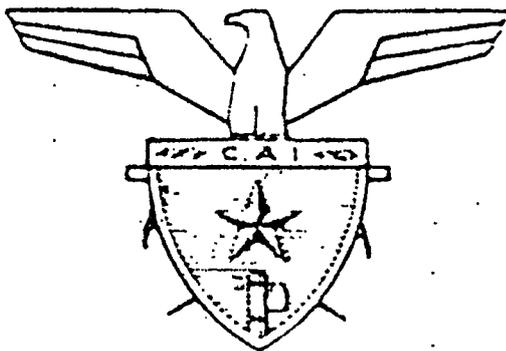


Everaldo
38cóp.

STANLEY G. PAYNE

EL FASCISMO

ALIANZA EDITORIAL



Prefacio

Este libro no pretende dar otra descripción del fascismo, sino enfrentarse con algunos problemas básicos de definición y comparación. La bibliografía general sobre el fascismo es extensa, especialmente en lo que respecta a Alemania e Italia, y existen varias obras que aportan descripciones de los principales movimientos fascistas. Pero lo que falta en esas obras es un examen sistemático, por breve que sea, en el cual se trata de definir características y establecer distinciones sobre una amplia base comparativa. Esa empresa es la que se intenta con este libro. Por lo tanto, el presente estudio no se ha ideado como una historia del fascismo en plan de cajón de sastre para el estudiante que se inicia, si bien espero que con el uso de otras obras que se identifican en la bibliografía lo puedan leer de forma provechosa los estudiosos del fascismo de todos los niveles.

Es lógico y natural que el estudio y el comentario de los movimientos de tipo fascista hayan generado tanto calor como luz. Resulta difícil contemplar con distanciamiento científico unas fuerzas que promovieron un desastre histórico a escala mundial, pero en este análisis he tratado de separarme, en toda la medida de lo posible de las emociones políticas y de las moralizaciones superficiales.

Tengo una gran deuda con algunos de mis amigos y colegas de estudio sobre el fascismo, especialmente con George L. Mosse, A. J. Gregor y Juan J. Linz, aunque naturalmente no estemos de acuerdo en cada una de nuestras interpretaciones. También debo agradecimiento a Mary Maraniss, de la University of Wisconsin Press, que por segunda vez en muy pocos años se ha encargado de la preparación editorial de mi libro con gran destreza y diligente discreción.

S. G. P.
Madison Wisconsin
Marzo de 1979

1 ¿Qué significa el término fascismo?

El desastre sin precedentes de la primera guerra mundial barrió una gran parte de la base del liberalismo decimonónico e inició una nueva era de revolución y de conflicto político más intensos, de lo que jamás había habido antes ni ha habido después. Una de las principales fuerzas revolucionarias, el comunismo ruso, procedía directamente de la teoría marxista europea y revolucionaria rusa del siglo XIX. La otra gran fuerza radical nueva desencadenada por la primera guerra mundial, el fascismo, era más nueva y más original, pues fue un producto directo de la propia guerra. Antes de 1919 no existía un partido fascista ni una doctrina fascista como tales. Sin embargo, el comunismo se vio

rechazado en general por la izquierda europea, y durante la generación siguiente se limitó, como régimen, a Rusia. El fascismo italiano¹; fundado en 1919, se vio seguido de imitaciones y paralelismos o por movimientos un tanto análogos en muchos otros países europeos. El fascismo se hizo con una gran parte del poder en Italia a partir de 1922, y un decenio después lo siguió el nazismo alemán. Hubo fuerzas poderosas de carácter aparentemente similar que adquirieron impulso en la Europa centro oriental y en España en el decenio de 1930, de tal modo que muchos historiadores califican a toda la generación anterior a la segunda guerra mundial como la era fascista en Europa. Pero la extensión de este adjetivo a la descripción de todo un período de la historia de Europa ha introducido tanta confusión como claridad o comprensión, pues lo que el concepto ha ganado en amplitud lo ha perdido rápidamente en precisión.

Es probable que el término *fascismo* sea el más vago de los términos políticos contemporáneos. Quizá se deba a que la palabra en sí no contiene ninguna referencia política implícita, por vaga que sea, como las que contienen los términos democracia, liberalismo, socialismo y comunismo. El decir que el *fascio* italiano (Lat. *Fasces*, Fr. *Fascieau*, Esp. *Haz*) significa eso, un "haz" o una "unión", no nos dice mucho. Parece que algunas de las definiciones coloquiales más comunes del término son las de "violento", "brutal", y "dictatorial"; pero si fueron esos los puntos primarios de referencia, probablemente habría que calificar a los regímenes comunistas de los más fascistas. La cuestión de la definición creó problemas a los fundadores del fascismo italiano desde un principio, pues no elaboraron un conjunto codificado oficial de doctrinas sino *ex post facto*, unos años después de la llegada de Mussolini al poder, e incluso entonces sólo en parte. El problema se ve complicado por el hecho de que mientras casi todos los partidos y regímenes comunistas prefieren llamarse comunistas, la mayor parte de los movimientos políticos de la Europa de entreguerras a los que se suele calificar de fascista no utilizaban, de hecho, ese nombre al hablar de sí mismos. Los problemas de definición y clasificación que surgen son tan graves que no es sorprendente que algunos estudiosos prefieran dar a los movimientos fascistas putativos sus nombres individuales específicos, sin aplicarles el adjetivo clasificador. Otros llegan incluso a negar que exista el fenómeno general del fascismo europeo, como cosa distinta del fascismo italiano de Mussolini.

Si se ha de estudiar el fascismo, primero hay que identificarlo, y es dudoso que pueda hacerse en ausencia de algún tipo de definición de trabajo. Esa definición, o mejor dicho, descripción, debe derivarse de un estudio empírico de los movimientos europeos de entreguerras. Naturalmente, debe tratarse hasta cierto punto de una construcción o abstracción teórica, pues no forzoso hallar que un solo movimiento del

¹ En el presente estudio, el nombre del Partido Fascista italiano lleva mayúscula inicial, aunque no ocurre lo mismo con los términos *fascismo* y *fascista* utilizados en un sentido más amplio y genérico. Por otra parte, el término radical se utiliza en su 3ª acepción, tanto en castellano como en inglés, es decir "Partidario de reformas extremas..." (Diccionario de la Real Academia Española, 19ª ed., Madrid, 1970) y "Partidario de reformas políticas, económicas o sociales drásticas" (Diccionario Random House. Nueva Cork, Random House, 1967). Huelga señalar que no guarda ninguna relación con los partidos radicales existentes o en proyecto en país alguno. (N. del T.)

grupo en observación haya anunciado un programa o se haya definido así mismo en los términos exactos de esta descripción. Y esa definición hipotética tampoco implicaría en absoluto que cada uno de los objetivos y de las características identificadas fueran necesariamente exclusivas de los movimientos fascistas, pues la mayor parte de esos aspectos podrían encontrarse en una o más especies distintas de movimientos políticos. El argumento sería más bien que, *tomada como un todo*, la definición describiría lo que todos los movimientos fascistas tenían en común, sin tratar de describir las características exclusivas de cada grupo. Por último, y por razones que se comentarán mas adelante, la definición podría referirse sólo a los movimientos fascistas europeos de entreguerras, y no a una categoría supuesta de regímenes o sistemas fascistas.

Toda definición de las características comunes de los movimientos fascistas debe utilizarse con mucha cautela, pues los movimientos fascistas diferían entre sí en tantos aspectos como características nuevas o notables tenían en común. Por eso es útil un inventario general de sus características distintivas, no como definición cabal y completa de esos movimientos en y por sí mismos, sino únicamente como indicación de las principales características que compartían y que los distinguen (en la mayor parte de los aspectos, pero no de forma absoluta) de otros tipos de fuerzas políticas.

Cabe ilustrar los problemas que entraña el llegar a una serie inductiva de características mediante una referencia a la tentativa anterior más tajante de establecer una definición pro criterios del fascismo genérico: el "mínimo fascista" de seis puntos postulados por Ernst Nolte². Consiste en un conjunto de negativas, un aspecto central de organización, una doctrina del caudillaje y un objetivo estructural básico, expresados como sigue:

Antimarxismo

Antiliberalismo

Anticonservadurismo

El principio del caudillaje

Un ejército del partido

El objetivo del totalitarismo

Esta tipología establece correctamente las negaciones fascistas, pero postula tres características primarias derivadas especialmente del nacionalsocialismo alemán que en una formulación tan simple no se pueden correlacionar con otras variedades de una especie política más amplia³.

Las características comunes de los movimientos fascistas se referían a un conjunto nuevo de negaciones comunes, a aspectos de un nuevo estilo formal, a formas algo nuevas de organización y, en diversos modos o grados, a una nueva orientación en materia de cultura e ideología políticas, aunque siempre con diferencias muy fundamentales en el carácter específico de esas formas de ideas nuevas. Así, para llegar

² Nolte, *Die Krise des liberalen Systems und die faschistischen Bewegungen* (Munich, 1968), pág. 385. (Hay traducción al castellano: *La crisis del sistema liberal y el auge del fascismo*, Ed. Península, Barc. 1973).

³ H.-J. Puhle ha criticado a Nolte por hacer caso omiso de la dimensión económica de una tipología fascista, y sugiere varias modificaciones básicas. Sustituiría el *antimarxismo* por el *antisocialismo*, y le daría a toda la definición un sesgo más conservador mediante la eliminación del *anticonservadurismo*. Puhle especifica el corporativismo como la doctrina económica fascista, y estipula además "el apoyo del orden económico capitalista mediante el respeto de su autonomía básica relativa", simultáneamente con el ejercicio de un control político totalitario. *Politische Agrarbewegungen in kapitalistischen Industriegesellschaften* (Gottinga, 1975), 278. Creo que Puhle tiene razón al llamar la atención sobre la esfera económica y modificar el concepto de un anticonservadurismo puro y simple que era equivalente del antiliberalismo y el antimarxismo del fascismo, pero va demasiado lejos al dar al fascismo un sesgo conservador. En cuanto al antisocialismo, existen demasiadas clases y conceptos de socialismo para que se pueda caracterizar el fascismo de fundamentalmente antisocialista.

a una definición por criterios aplicable a todos los movimientos fascistas de entreguerras *strictu sensu*, parece oportuno identificar: a) las negaciones fascistas; b) los puntos comunes en materia de ideología y objetivos; c) las características especiales comunes de estilo y organización⁴.

La tipología descriptiva del cuadro 1 se sugiere únicamente como un mecanismo analítico de alcance limitado para una definición comparada. No aspira a establecer una categoría rígidamente deificada, sino una definición flexible de espectro amplio que sirva para identificar varios movimientos supuestamente fascistas, y al mismo tiempo para separarlos de otros tipos de movimientos revolucionarios o nacionalistas. Así, cabría entender que cada movimiento poseía además otras creencias, características y objetivos que consideraba muy importantes y que no contradecían las características comunes, sino que sencillamente se añadían a éstas o iban más allá que ellas.

Cuadro 1
DESCRIPCION TIPOLOGICA DEL FASCISMO

A. Las Negaciones Fascistas:

Antiliberalismo

Anticomunismo

Anticonservadurismo (aunque en el entendimiento de que los grupos fascistas estaban dispuestos a concretar alianzas temporales con grupos de cualquier otro sector, por lo general con la derecha).

B. Ideología y Objetivos:

Creación de un nuevo Estado nacionalista autoritario, no basado únicamente en principios ni modelos tradicionales.

Organización de algún tipo nuevo de estructura económica nacional integrada, regulada y pluriclasista, se llamará nacionalcorporativa, nacionalsocialista o nacionalsindicalista.

El objetivo del Imperio o de un cambio radical en la relación de la nación con otras potencias.

Defensa específica de un credo idealista y voluntarista, que normalmente implicaba una tentativa de realizar una nueva forma de cultura secular, moderna y autodeterminada.

C. Estilo y Organización:

Importancia de la estructura estética de los mítines, los símbolos y la coreografía política, con insistencia en los aspectos románticos y místicos.

Tentativa de movillización de las masas, con militarización de las relaciones y el estilo políticos y con el objetivo de una milicia de masas del partido.

Evaluación positiva y uso de la violencia, o disposición al uso de ésta.

Extrema insistencia en el principio masculino y la dominación masculina, al mismo tiempo que se defendía la visión orgánica de la sociedad.

Exaltación de la juventud sobre las otras fases de la vida, con hincapié en el conflicto entre generaciones, por lo menos al efectuar la transformación política inicial.

Tendencia específica a un estilo de mando personal, autoritario y carismático, tanto si al principio el mando es en cierta medida electivo como si no lo es.

⁴ Quien primero me sugirió la idea de una definición tripartita fue el profesor Juan Linz en una conversación durante una conferencia celebrada en Bergen, Noruega, en junio de 1974. el contenido específico es mío.

El término de fascista no se utiliza sólo porque sea el convencional, sino porque el movimiento italiano fue la primera fuerza considerable que exhibió esas características (o por lo menos casi todas ellas) como un nuevo tipo, y durante mucho tiempo fue el más influyente ideológicamente. Constituyó el tipo cuyas ideas y cuyos objetivos era más fácil generalizar, especialmente en comparación con el nacionalsocialismo.

La naturaleza de las negaciones fascistas parece bastante clara. Como "últimos llegados" (en frase de Linz), los movimientos nacionalistas radicales de la primera postguerra mundial a los que llamamos fascistas tenían que abrirse un espacio político e ideológico nuevo, y fueron excepcionales en su hostilidad a todas las grandes corrientes establecidas, de izquierda, de derecha y de centro. Sin embargo, esta actitud básica se veía complicada por la necesidad de encontrar aliados políticos en la campaña por lograr el poder. Como esos movimientos surgieron sobre todo en países con sistemas parlamentarios establecidos, y a veces se apoyaban desproporcionadamente en las clases medias, no podían tratar en absoluto de llegar al poder mediante una guerra civil revolucionaria, como han hecho los regímenes leninistas puros. Aunque los fascistas de Italia y Rumania establecieron alianzas tácticas efímeras con el centroderecha (y en Portugal con la izquierda anarquista), sus aliados solían encontrarse en la derecha, en especial en la derecha autoritaria radical, y el fascismo italiano como entidad semicoherente se definió en parte por su fusión con uno de los más radicales de todos los movimientos de la derecha autoritaria europea, la Asociación Nacionalista Italiana (ANI). Esas alianzas exigían a veces concesiones tácticas, estructurales y programáticas. Los dos únicos dirigentes fascistas que llegaron efectivamente al poder, Hitler y Mussolini, pese a la creación subsiguiente de un Estado oficialmente unipartidista, jamás escapó del todo a la componenda pluralista con la que había empezado. Además, como las doctrinas de la derecha autoritaria solían ser más precisas, más claras y mejor articuladas- y a menudo más prácticas- que las de los fascistas, su capacidad de influencia ideológica y programática era considerable. Sin embargo, las ideas y los objetivos de los fascistas diferían en varios aspectos fundamentales de los de la nueva derecha autoritaria (como se comentará con más detalle más adelante), y se mantuvo firmemente la intención de trascender el conservadurismo derechista, así como el liberalismo y el marxismo, aunque no siempre se realizara con claridad en la práctica.

Gran parte de la confusión y de la ambigüedad que rodean a la interpretación de los movimientos fascistas se debe al hecho de que en muy pocos casos lograron pasar a la fase de participación en el gobierno, y Alemania fue el único caso en que un régimen en el poder puso en práctica todo el contenido de una doctrina fascista, en la forma de su variante más radical. Por eso resulta difícil generalizar acerca de los sistemas fascistas o de la doctrina fascista del Estado, pues incluso en la variante italiana hubo importantes componendas. Lo único que cabe establecer con claridad es que las aspiraciones fascistas acerca del Estado eran exclusivamente suyas, porque no se limitaban a la doctrina autoritaria tradicional, como la monarquía o el corporativismo, sino que planteaban un nuevo sistema secular radical, normalmente republicano y autoritario. Pero no parece justificado especificar el objetivo del pleno totalitarismo, como hace Nolte, pues, al revés que el leninismo, los movimientos fascistas nunca proyectaron una teoría del Estado con una centralización y una burocratización suficientes para hacer posible un totalitarismo absoluto. De este problema se tratará con más detalle en los capítulos siguientes.

Ningún aspecto está menos claro en las doctrinas de la mayor parte de los movimientos fascistas que el de la estructura y los objetivos económicos. El convertir al

fascismo en sinónimo de corporativismo es evidentemente incorrecto, pues sólo una minoría de los fascistas italianos eran partidarios del corporativismo antes de la transacción de Mussolini con la monarquía y la fusión con los nacionalistas. Lo que es más importante, la forma más radical y desarrollada del fascismo, el nacionalsocialismo alemán, rechazaba explícitamente el corporativismo formal (debido en parte a su pluralismo). A la inversa, la tesis frecuente entre los autores marxistas de que el objetivo de los movimientos fascistas era impedir cambios económicos en las relaciones de clase no se ve corroborada por los propios movimientos; pero como ningún movimiento fascista llegó a terminar por completo la elaboración de un sistema económico fascista, la cuestión resulta teórica. Lo que sí tenían en común los movimientos fascistas era el objetivo de una estructura y una relación funcional nuevas de los sistemas sociales y económicos, en las que se eliminará la autonomía (o, en algunas propuestas, la existencia) del gran capitalismo, se modificara el carácter de la condición social y se creara una nueva relación de producción comunitaria o recíproca. A esto se le daba toda una variedad de nombres, y lo más frecuente era que se dejara sin aclarar su articulación precisa.

Se dice que el fascismo era imperialista por definición, pero esto no queda totalmente claro si se hace una lectura comparada de los programas de los diversos movimientos fascistas. La mayoría eran efectivamente imperialistas, pero parece que todos los tipos de movimientos y sistemas políticos han producido políticas imperialistas, mientras que varios movimientos fascistas estaban poco interesados en nuevas ambiciones imperiales, o incluso las rechazaban. Todo ellos, no obstante, aspiraban a un nuevo orden en las relaciones exteriores, a una nueva relación o conjunto de alianzas con respecto a los estados y las fuerzas contemporáneas, y que a su nación tuviera una posición nueva en Europa y en el mundo.

La ideología y la cultura fascistas merecen más atención de la que reciben normalmente, pues la doctrina fascista, igual que todas las demás, se derivaba de ideas, y las ideas de los fascistas tenían claras bases filosóficas y culturales, pese a frecuentes afirmaciones en contra.

A menudo se dice que las ideas filosóficas fascistas se derivaban de la oposición a la Ilustración o a las "ideas de 1789", cuando de hecho son un producto directo de aspectos de la Ilustración, y se derivaban directamente de los aspectos modernos, seculares y prometeicos del siglo XVIII. Es probable que la divergencia esencial de las ideas fascistas respecto de determinados aspectos de la cultura moderna se halle más exactamente en el antimaterialismo del fascismo, y en la importancia que atribuía al vitalismo y al idealismo filosófico y a la metafísica de la voluntad. La cultura fascista, al revés que la de la derecha, era secular en la mayoría de los casos, pero al contrario de la de la izquierda y hasta cierto punto la de los liberales, se basaba en el idealismo y el vitalismo y en el rechazo del determinismo económico, tanto el de Manchester como el de Marx. El objetivo del idealismo y el vitalismo metafísicos era la creación de un hombre nuevo, un nuevo estilo de cultura que lograra la excelencia tanto física como artística y que ensalzara el valor, la osadía y la superación de los límites anteriormente establecidos mediante el desarrollo de una cultura nueva y superior que comprometiera al hombre entero. Los fascistas esperaban recuperar el verdadero sentido de lo natural y de la naturaleza humana — idea básicamente dieciochesca — en un plano más elevado y más firme de lo que había logrado hasta entonces la cultura reduccionista del materialismo moderno y del egotismo prudencial. El hombre libre natural, cuya voluntad y determinación estuvieran desarrolladas, podría reevaluarse e ir más allá de sí mismo, y no titubearía en sacrificarse en aras de esos ideales. Esas formulaciones modernas rechazaban el materialismo del siglo XIX, pero no representaban nada que

podiera calificarse de vuelta a los valores morales y espirituales tradicionales del mundo occidental antes del siglo XVIII. Representaban una tentativa específica de alcanzar una forma moderna, normalmente atea, de trascendencia, y no, como dice Nolte, una "resistencia a la trascendencia".

Muchos observadores se sintieron impresionados por el ambiente novedoso de los mítines fascistas en los decenios de 1920 y 1930. Todos los movimientos de masas emplean símbolos y diversos efectos emotivos, y quizá fuera difícil establecer que la estructura simbólica de los mítines fascistas era completamente diferente de la de otros grupos revolucionarios. Pero lo que sí parecía claramente distinto era el gran hincapié que se hacía en mítines, marchas, símbolos visuales y rituales ceremoniales o litúrgicos, a los que en la actividad fascista se les daba un papel central y una función que iba más allá de lo que ocurría en los movimientos revolucionarios de izquierda. Con ello se trataba de envolver al participante en una mística y en una comunidad de ritual que apelaba al factor religioso, además de al meramente político.

En su mayor parte, los movimientos fascistas no lograron movilizar verdaderamente a las masas, pero sin embargo resulta característico que fuera ese su objetivo, pues siempre trataron de trascender el carácter de camarilla parlamentaria elitista de los grupos liberales poco movilizados, o el mero exclusivismo sectario y el recurso a la manipulación elitista que se solía encontrar en la derecha autoritaria. Junto a la campaña de movilización de las masas se daba uno de los rasgos más característicos del fascismo; su tentativa de militarizar la política en una medida sin precedentes. Para ello se hacía que los grupos de milicias fueran algo central en la organización del movimiento y se utilizaban insignias y terminología militares a fin de reforzar el sentimiento de nacionalismo y de combate constante. Las milicias de partido no las inventaron los fascistas, sino la extrema izquierda y la derecha radical (por ejemplo, la *Action Française*), y en un país como España, los "movimientos de camisas" predominantes que practicaban la violencia callejera eran los de la izquierda revolucionaria. Sin embargo, la oleada inicial del fascismo centroeuropeo se basó desproporcionadamente en excombatientes de la primera guerra mundial y en su *ethos* militar. En general, la milicia del partido desempeñó un papel mayor, y se desarrolló en mayor grado entre los fascistas que entre los grupos de izquierdas.

Esto guardaba relación con la evaluación positiva de la violencia y la lucha que se hacía en la doctrina fascista. Todos los movimientos revolucionarios de masas han iniciado y practicado la violencia en mayor o menor medida, y probablemente sea imposible llevar la violencia a mayores extremos de lo que han hecho algunos regímenes leninistas, que han practicado, como decía uno de los viejos bolcheviques, la "compulsión infinita". El único rasgo excepcional de la relación fascista con la violencia era la evaluación teórica que hacían algunos movimientos fascistas: la violencia poseía un cierto valor positivo y terapéutico en y por sí misma, y una cierta cantidad de combate violento constante, en el sentido del darwinismo social de fines del siglo XIX, era necesaria para la buena salud de la sociedad nacional.

Esto a su vez, guardaba relación con otra característica fundamental: la insistencia en lo que se califica actualmente de "chauvinismo masculino" y la tendencia a exagerar el principio masculino en todos los aspectos de su actividad. En la era del fascismo todas las fuerzas políticas europeas estaban abrumadoramente dirigidas e integradas por hombres, y quienes hablaban de la igualdad de la mujer de labios para afuera, de hecho sentían muy poco interés por ella. Pero los fascistas fueron los únicos que transformaron en fetiche perpetuo la "virilidad" de su movimiento y su programa y estilo, lo cual sin duda se debía en gran medida al concepto fascista de la militarización de la política y a la necesidad de un combate constante. Al igual que los grupos

derechistas y algunos de la izquierda, el concepto fascista de la sociedad era orgánico⁵; pero en esa relación debían predominar los derechos del varón. Ningún otro tipo de movimiento manifestaba un horror tan completo a la más leve sugerencia de androginia.

Casi todos los movimientos revolucionarios hacen un llamamiento especial a los jóvenes y recurren desproporcionadamente a los activistas jóvenes. Para el decenio de 1920 incluso los partidos parlamentarios moderados habían empezado a formar sus propias secciones juveniles. Pero la exaltación fascista de la juventud era excepcional, porque no sólo le hacía un llamamiento especial, sino que además exaltaba a la juventud por encima de las demás generaciones sin excepción, y en mayor medida que en ninguna otra fuerza se basaba en el conflicto entre generaciones. Sin duda, ello se debía en parte a lo reciente que era el fascismo y a la identificación de las fuerzas establecidas, comprendida gran parte de la izquierda, con dirigentes y miembros de la generación mayor, procedente de la preguerra. También se debía en parte al concepto orgánico de la nación y de la juventud como su nueva fuerza vital, y al predominio de la juventud en la lucha y la militarización. El culto fascista de la osadía, la acción y la voluntad de un nuevo ideal, sintonizaba inherentemente con la juventud, que podía responder de una forma que resultaba imposible a públicos más viejos, más débiles y más experimentados y prudentes, o más materialistas.

Por último, podemos convenir con Pareto y Michels en que casi todos los partidos y movimientos dependen de élites y de líderes para su funcionamiento; pero algunos lo reconocen de forma más explícita y llevan la idea a mayores extremos. Es evidente que la jefatura fuerte y autoritaria, y el culto a la personalidad del jefe, no se limitan a los movimientos fascistas, y ni si quiera es cierto que todos los movimientos fascistas consagraran, como sugiere Nolte, el *Führerprinzip* de un solo jefe todopoderoso. La mayor parte de los movimientos fascistas empezaron basándose en una jefatura elegida — elegida la menos por la élite del partido—, y así ocurrió incluso con los nacionalsocialistas. La versión española del *Führerprinzip*, la teoría y la práctica del *caudillaje* *, la introdujo la derecha nacionalista en la persona de Franco y se les impuso a los fascistas. Pero existía una tendencia general a exaltar la función de la jefatura, la jerarquía y la subordinación, a mostrar deferencia ante la función creadora de la jefatura, más que ante la ideología precedente o una línea burocratizada del partido.

Tres caras del nacionalismo autoritario

El análisis comparado de los movimientos de tipo fascista se ha visto complicado, y muchas veces enturbiado, por una tendencia común a identificar a estos movimientos con formas más conservadoras y derechistas de nacionalismo autoritario en el período de entreguerras y después de éste.

Los movimientos fascistas representaron la expresión más extremada del nacionalismo europeo moderno, pero no eran sinónimos de todos los grupos nacionalistas autoritarios. Estos últimos eran pluriformes y muy diversos, y en su

⁵ En el presente estudio se utilizará el término *orgánico*, en sentido general, para aludir a concepciones de la sociedad en las que sostiene que los diversos sectores de la misma tienen una relación mutua estructurada que sirve para definir y delimitar sus funciones y sus derechos, con precedencia sobre las identidades y los derechos de los individuos.

tipología iban mucho más lejos que el fascismo, o se quedaban muy cortos en comparación con él, además de diferenciarse de él en aspectos fundamentales.

La confusión entre los movimientos fascistas en particular y los grupos nacionalistas autoritarios en general se debe a que el apogeo del fascismo coincidió con una era general de autoritarismo político que en vísperas de la segunda guerra mundial se había hecho con el control, de una forma o de otra, de las instituciones políticas de la mayoría de los países europeos. Sería torpemente inexacto aducir que este proceso ocurrió independientemente del fascismo, pero tampoco era meramente sinónimo de fascismo.

Por eso, con fines del análisis comparado, resulta crucial distinguir claramente entre los movimientos fascistas *per se* y la derecha autoritaria no fascista (o a veces protofascista). A principios del siglo XX surgió un grupo de nuevas fuerzas derechistas y conservadoras autoritarias en la política europea que rechazaba el conservadurismo moderado del siglo XIX y la reacción simple a la vieja usanza y propugnaba un sistema autoritario más moderno, técnicamente eficaz, distinto tanto de la revolución izquierdista como del radicalismo fascista. A su vez, estas fuerzas de la nueva derecha pueden dividirse en, por una parte, los elementos de la derecha radical y, por otra, la derecha autoritaria más conservadora⁶, como se sugerirá más adelante (véanse como ejemplos los sugeridos en el cuadro 2).

Los nuevos grupos autoritarios de la derecha combatían en gran medida las mismas cosas a las que se oponían los fascistas (en especial el liberalismo y el marxismo), y propugnaban efectivamente los mismos objetivos. Además, hubo muchos ejemplos de alianzas tácticas- por lo general pasajeras y circunstanciales-entre fascistas y derechistas autoritarios, e incluso casos de fusión pura y simple, especialmente entre fascistas y derechistas radicales, que siempre estuvieron más cerca de los fascistas que la derecha autoritaria más moderada y conservadora. De ahí la tendencia general a poner en el mismo saco estos fenómenos distintos, que se ha visto reforzada por los historiadores y los comentarios ulteriores que tienden a identificar a los grupos fascistas con la categoría de la derecha o de la extrema derecha⁷. Pero esto no es correcto sino en la medida en que se tenga la intención de separar a todas las fuerzas autoritarias opuestas tanto al liberalismo como al marxismo y asignarles la etiqueta arbitraria de "fascismo", al mismo tiempo que se pasan por alto las diferencias básicas entre ellas. Es un poco como si se identificara el estalinismo con la democracia rooseveltiana porque ambos se opusieron al hitlerismo, al militarismo japonés y al colonialismo europeo occidental.

El fascismo, la derecha radical y la derecha autoritaria conservadora diferían entre sí de varias formas. En lo teórico, la derecha autoritaria conservadora, y en muchos casos también la derecha radical, se basaban en la religión más que en ninguna nueva mística cultural como el vitalismo, el irracionalismo o el neoidealismo secular. De ahí que el "hombre nuevo" de la derecha autoritaria se basara en, y en muchos aspectos se viera limitado por, los preceptos y los valores de la religión tradicional, o más bien específicamente, de las interpretaciones conservadoras de ésta. Se repudiaba el

⁶ Estas distinciones analíticas tienen alguna analogía con la diferenciación de Arno J. Mayer entre contrarrevolucionario, reaccionario y conservador, en su *Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956* (Nueva Cork, 1971). Pero, como se verá más adelante, mis definiciones por criterios difieren considerablemente, en cuanto a contenido, de las de Mayer.

⁷ Por ejemplo, John Weiss, *The Fascist Tradition* (Nueva York, 1967). En sentido algo parecido, Otto-Ernst Schüdddekopf, en su *fascism* (Nueva Cork, 1973), que se distingue sobre todo por ser el mejor ilustrado de los volúmenes que tratan de constituir un tratamiento general del fascismo, tiende también a meter en el mismo saco a varios regímenes fascistas y derechistas autoritarios.

sorelismo y el nietzscheanismo de los fascistas puros en pro de un enfoque más práctico, racional y esquemático.

Si bien es cierto que los fascistas y los autoritarios conservadores estaban a menudo casi diametralmente opuestos en los terrenos cultural y filosófico, varios elementos de la derecha radical, como los españoles, eran tan conservadores en el terreno cultural y tan abiertamente religiosos como la derecha autoritaria conservadora. Otros, sobre todo en Europa central, tendían a abrazar cada vez más unas doctrinas vitalistas y biológicas que no diferían mucho de la de los fascistas más puros. Otros, en Francia y en otras partes, adoptaban una postura rígidamente racionalista, completamente del irracionalismo y el vitalismo de los fascistas, al mismo tiempo que trataban de adoptar de manera puramente formal el marco político de la religiosidad.

La derecha autoritaria conservadora no era anticonservadora más que en el sentido limitado de haber roto con las formas parlamentarias del conservadurismo moderado y parlamentario. Pero deseaba evitar las rupturas radicales con la continuidad jurídica, si era posible, y normalmente no proponía más que una transformación parcial del sistema en un sentido más autoritario. En cambio, la derecha radical deseaba destruir todo el sistema político del liberalismo vigente y de arriba abajo. Pero incluso la derecha radical titubeaba en hacer suyas formas totalmente radicales y nuevas de autoritarismo, y normalmente aspiraba a una reorganización de la monarquía o a un corporativismo ecléctico neocatólico, o a una combinación de ambas cosas. Tanto la derecha radical como la autoritaria conservadora templaban considerablemente su defensa del elitismo y de una jefatura fuerte con la invocación de legitimidades tradicionales.

La derecha autoritaria conservadora prefería evitar las novedades en todo lo posible, tanto en la formación de nuevas élites, como en la dictadura, mientras que la derecha

Cuadro 2

TRES CARAS DEL NACIONALISMO AUTORITARIO

<u>País</u>	<u>Fascistas</u>	<u>Derecha Radical</u>	<u>Der. Conservadora</u>
Alemania	NSDAP	Hugenburg, Papen, Stahlhelm	Hindenburg, Brüning, Schleicher, Wirtschaftspartei
Italia	PNF	ANI	Sonnino, Balandra
Austria	NSDAP	Heimwehren	Socialcristianos, Frente de la Patria
Bélgica	Rex tardío, VNV, Legión Nationale	Verdinaso	Rex inicial, VNV inicial.
Estonia		Liga de Excombatientes	Päts
Finlandia	Lapua/IKL	Sociedad Ac. Karelia	¿Mannerheim?
Francia	Faisceau, Francistes, PPF, RNP.	AF, Jeunesses Pat, Solidarité Française	Croix de feu, Vichy
Hungría	La Cruz y la Flecha, Nacionalsocialistas	"Radicales de Derechas"	Horthy, Partido Nacional Unificado
Japón	Nacionalsoc/parte De la "Vía Imp."	"Japonesistas", parte de "Control"	Konoye/IRAA
Letonia	Cruz del Trueno		Ulmanis
Lituania	Lobo de Hierro	Tautininkai	Smetona
México	Camisas de Plata	Cristeros/Sinarquistas	PRI
Polonia	Falanga, QZN	Radicales Nacional.	Pilsudski, BBWR,
Portugal	Nacional Sindicalismo	Integralistas	Salazar/UN

Rumania	Guardia de Hierro	Nacional Cristianos	Carolistas. Manoilescu
Sudáfrica	Camisas Grises	Ossewa-Brandwag	Unión Nacional
España	Falange	Carlistas, Renovación Española	CEDA
Yugoslavia	Ustasa. Zbor	Orjuna	Alexander. Stojadinovic

radical optaba, deliberadamente a veces, por difuminar esas diferencias. Pero en el vértigo fascista que afligió a un sector tan grande del nacionalismo europeo en el decenio de 1930, incluso algunos sectores de la derecha autoritaria conservadora adoptaron parte de las apariencias y los aspectos externos del fascismo, aunque no deseaban, ni hubieran sido capaces de reproducir, todas las características del fascismo genérico.

Aunque la derecha autoritaria conservadora tardó en comprender la idea de la política de masas, a veces logró exceder a los fascistas en la movilización del apoyo de las masas y recurrió a amplios estratos de gentes del campo y de la clase media baja.

Normalmente, la derecha radical era el más débil de los tres sectores en cuanto a atractivo popular, pues no podía competir con los fascistas en una campaña cuasi revolucionaria de movilización interclasista, y no podía aspirar al apoyo de los grandes grupos de elementos más moderados que a veces apoyaban a la derecha autoritaria conservadora. En una medida todavía mayor que ésta, la derecha radical tenía que basarse en elementos de élite de la sociedad y las instituciones establecidas (por mucho que deseara cambiar las instituciones políticas), y su táctica se encaminaba a manipular la estructura del poder, más que a la conquista política desde el exterior recurriendo al apoyo popular.

Así, la derecha radical solía esforzarse especialmente por utilizar el sistema militar con fines políticos, y en el peor de los casos estaba dispuesta a aceptar el pretorianismo a secas-el gobierno de los militares-, aunque este debería ajustarse a los principios de la derecha radical. Los fascistas eran los más débiles de estas fuerzas en cuanto a generar apoyo entre los militares, pues la derecha autoritaria conservadora podía esperar, en los momentos de crisis, incluso más asistencia militar que la derecha radical, su legalismo y su populismo le permitían invocar con más facilidad los principios de la continuidad de la legalidad, la disciplina y la aprobación popular. En consecuencia, los esfuerzos tanto de la derecha autoritaria conservadora como de la derecha radical por organizar su propia milicia no solían llegar a la competencia con las fuerzas armadas. En cambio, los fascistas no aspiraban más que a la neutralidad o en algunos casos el apoyo parcial de los militares, al mismo tiempo que rechazaban el pretorianismo genuino, pues comprendían perfectamente que el gobierno militar *per se* impedía el gobierno fascista, y que la militarización fascista generaba una especie de competencia revolucionaria con el ejército. Hitler no logró la plenitud del poder hasta que consiguió dominar totalmente al ejército. A la inversa, cuando el nuevo sistema estaba encabezado por un general-Franco, Petain, Antonescu-, los movimientos fascistas quedaban relegados a un papel subordinado, y al final insignificante. Mussolini, en cambio, estableció un sistema sincrético o policrático que reconocía una amplia autonomía a los militares, al mismo tiempo que limitaba la del partido.

En contra de lo que se suele decir, el desarrollo económico era uno de los principales objetivos de los grupos de las tres categorías, aunque hubo excepciones (la más notable de las cuales quizá fuera la del *Estado Novo* portugués en sus comienzos). Los fascistas, que formaban el sector más "modernizador" de los tres, eran los que daban más prioridad al desarrollo moderno (también con algunas excepciones), aunque según las variedades nacionales, algunos grupos de la derecha radical y de la autoritaria

conservadora también le otorgaron gran prioridad. Los derechistas radicales y los autoritarios conservadores, casi sin excepción, se hicieron corporativistas en el terreno formal de la economía política, pero los fascistas eran mucho menos explícitos, y en general menos esquemáticos.

Una de las diferencias principales entre los fascistas y los dos sectores derechistas se refería a la política social. Aunque los tres sectores propugnaban la unidad social y la armonía económica, para casi todos los grupos de la derecha radical y autoritaria conservadora, esto tendía a significar una congelación del *statu quo*. De la cuestión del fascismo y la revolución se tratará más adelante; pero baste decir que en general a los fascistas les interesaba más cambiar las relaciones de clase y de condición social y utilizar formas más radicales de autoritarismo para alcanzar ese objetivo. Los sectores derechistas eran simplemente más derechistas, es decir, interesados en mantener una parte mayor de la estructura existente de la sociedad, con la menor modificación posible, salvo para promover unas nuevas élites derechistas limitadas y debilitar al proletariado organizado.

En general era menos probable que la derecha autoritaria conservadora propugnase una forma agresiva de imperialismo, pues ello a su vez implicaría unas políticas internas más drásticas y acarrearía nuevos peligros del tipo que esos movimientos estaban ideados primordialmente para evitar. Pero no cabía decir lo mismo de la derecha radical, cuyo radicalismo y actitud militarista solía comprender la expansión agresiva. De hecho, había elementos de la derecha radical que muchas veces eran más imperialistas que los elementos moderados o "izquierdistas" (revolucionarios sociales) del fascismo.

Como gran generalización, pues, los grupos de la nueva derecha autoritaria conservadora simplemente adoptaban actitudes más moderadas y generalmente más conservadoras en torno a cada cuestión que los fascistas. Aunque a mediados del decenio de 1930, se habían apoderado de parte de la estética, la coreografía y los aspectos externos del fascismo, el estilo de la derecha autoritaria conservadora hacía hincapié en una continuidad conservadora más directa, y era fácil advertir que sus tonos simbólicos eran más tradicionales.

En cambio, la derecha radical no sólo solía diferir del fascismo por ser más moderada o más conservadora en el sentido positivo, sino por ser más derechista. Su apoyo dependía más de las élites y la estructura existentes, por demagógica que pareciese su propaganda, y no estaba dispuesta a aceptar por completo la movilización de masas interclasista ni los cambios sociales económicos y culturales implícitos que exigía el fascismo.

En algunos aspectos, en relación con la violencia, el autoritarismo, el militarismo y el imperialismo, no obstante, la derecha radical era tan extremista como los fascistas, y en esos aspectos era en los que la derecha radical se distinguía más de la derecha autoritaria conservadora. En los ejemplos concretos que se comentarán en los capítulos siguientes será más fácil aprehender esas diferencias.

PVLA

CAPÍTULO 7: TEORÍAS DEL FASCISMO

Desde la Marcha sobre Roma, los analistas políticos vienen tratando de formular una interpretación o teoría que pueda explicar el fenómeno del fascismo europeo. Al ser la única forma verdaderamente nueva de radicalismo surgida de la primera guerra mundial, que parecía entrañar múltiples ambigüedades, por no decir contradicciones flagrantes, el fascismo no se prestaba fácilmente monocausal ni a una simple teoría unificada. El debate continúa desde hace más de medio siglo, y todavía no existe un consenso acerca de un concepto explicativo²⁰⁹.

Las principales teorías o explicaciones del fascismo se han orientado ante todo a una definición del carácter subyacente de esta especie supuesta de política, a su sentido general, o más frecuentemente a sus principales fuentes o causas. En aras de la comodidad, cabe resumir las principales interpretaciones en 12 categorías, aunque sea en el entendimiento de que estos conceptos no siempre son mutuamente excluyentes, sino que en algunos casos se basan los unos en los otros.

1. Un agente violento y dictatorial del capitalismo burgués.
2. Una forma de "bonapartismo" del siglo XX.
3. La expresión de un radicalismo exclusivo de las clases medias.
4. La consecuencia de historias nacionales excepcionales.
5. El producto de un derrumbamiento cultural o moral.
6. Un fenómeno metapolítico excepcional.
7. El resultado de impulsos psicosociales sumamente neuróticos o patológicos.
8. El producto de la ascensión de unas masas amorfas.
9. Una manifestación típica del totalitarismo del siglo XX.
10. Una revuelta contra la "moderación".
11. La consecuencia de una fase determinada de crecimiento socioeconómico, o una fase en la secuencia del desarrollo.
12. La negación de que pueda definirse un fenómeno tan general como el fascismo genérico.

Antes de examinar brevemente cada una de estas interpretaciones, debe señalarse que son pocos, entre quienes intentan elaborar una teoría causal o un concepto explicativo del fascismo, los que definen exactamente lo que quieren decir con ese término, o concretamente qué partidos o movimientos están tratando de interpretar, más allá de una referencia primaria (generalmente al nacionalsocialismo alemán). La misma ausencia de una definición empírica de lo que se pretende decir con el término de fascismo y de una comprensión de cuáles son exactamente los grupos a los cuales se piensa que se refiere el término ha venido siendo un gran obstáculo a la aclaración conceptual.

²⁰⁹ Los principales estudios sobre las interpretaciones del fascismo son: Renzo de Felice, *Interpretations of Fascism* (Cambridge, Massachusetts, 1977); Gregor, *Interpretations of Fascism*; y Wolfgang Wippermann, *Faschismustheorien* (Darmstadt, 1976). Además, De Felice ha escrito y compilado un comentario y una antología combinados más extensos, *Il fascismo: Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici* (Bari, 1970). También es útil el compendio de Ernst Nolte, *Theorien über den Faschismus Nationalsozialismus: Versionen und theoretische Kontroversen, 1922-1972* (Berlin, 1974).

El fascismo como agente violento y dictatorial del capitalismo burgués.

La idea de que el fascismo debe entenderse ante todo como el agente del "capitalismo", la "gran empresa", el "capital financiero", la "burguesía", o cualquier combinación concebible de todos ellos, es una de las interpretaciones más antiguas, más corrientes y más difundidas de todas. Se difundió hasta cierto punto antes incluso de que se organizara formalmente el fascismo italiano (con el fin de explicar el abandono por Mussolini del socialismo ortodoxo), y empezó a obtener aceptación general, con especial referencia a Italia, ya en 1923 con las formulaciones del comunista húngaro Gyula Sas²¹⁰ y de la alemana Clara Zetkin²¹¹. Esta pasó a ser la interpretación común del fascismo en la Tercera Internacional, y también la adoptaron algunos no comunistas. Entre los principales expositores de esta concepción figuraron R. Palme Dutt²¹² y Daniel Guérin²¹³. Entre los expositores recientes más notables del concepto marxista del fascismo figuran Reinhard Kühnl²¹⁴, Nikos Poulantzas²¹⁵, Boris Lopukov²¹⁶, Alexander Galkin²¹⁷, y Mihály Vajda²¹⁸, aunque los dos últimos han introducido importantes modificaciones en el concepto (véase *infra*). En general, los seguidores de la interpretación marxista no distinguen, o rechazan la importancia de toda distinción, entre los grupos fascistas centrales y las fuerzas del autoritarismo de derechas.

El fascismo como forma de "bonapartismo" del siglo XX

Que la teoría del mero "agente" era incorrecta fue algo que advirtieron otros observadores más perceptivos y objetivos, entre ellos algunos marxistas, en los primeros años del fascismo italiano. En 1930, el comunista alemán disidente August Thalheimer sugirió que, por el contrario, se considerase al fascismo como el equivalente contemporáneo del "bonapartismo", es decir, como una forma autónoma de gobierno autoritario, independiente de una dominación específica de clase²¹⁹.

²¹⁰ Gyula Sas, *Der Faschismus in Italien* (Hamburgo, 1923), reimpresso en De Felice, *Il fascismo*, pág. 68-80; y en el mismo sentido, German Sandomirsky, *Faschizm*, 2 vols., Moscú-Leningrado, 1923.

²¹¹ Clara Zetkin, "Der Kampf gegen den Faschismus", *Protocols of the KOMINTERN Conference*, reimpresso en Nolte, *Theorien*, pág. 88-111.

²¹² Rajan Palme Dutt, *Fascism and Social Revolution* (Londres, 1934).

²¹³ Daniel Guérin, *Fascismo et grand capital* (Paris, 1936). (Hay traducción al castellano: *Fascismo y gran capital*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1973) Véase un comentario sobre otros expositores iniciales del concepto marxista en De Felice, *Interpretations*, pág. 30-54; y John Cammett, "Communist Theories of Fascism, 1920-1935", *Science and Society*, 31.2 (primavera de 1967), pág. 149-163.

²¹⁴ Reinhard Kühnl, *Formen Bürgerlicher Herrschaft* (Hamburgo, 1971). En torno a las expresiones de la teoría marxista del fascismo en Alemania oriental, véase Wippermann, *Faschismustheorien*, pág. 19-37.

²¹⁵ Nikos Poulantzas, *Fascismo et dictadura* (Paris, 1970). (Hay traducción al castellano: *Fascismo y dictadura*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1973).

²¹⁶ Boris Lopukov, *Faschizm i raboche dvizenie v Italia 1919-1929* (Moscú, 1968).

²¹⁷ Alexander Galkin, "Capitalist Society and Fascism", *Social Sciences: ISSR Academy of Sciences*, 2 (1970), pág. 128-138; comentado en Gregor, *Interpretations*, pág. 163-168.

²¹⁸ Mihály Vajda, *Fascism as a Mass movement* (Londres, 1976), y "The Rise of Fascism in Italy and Germany", *Telos* 12 (1972), pág. 3-26, comentado en Gregor, *Interpretations*, pág. 166-170.

²¹⁹ August Thalheimer, "Ueber den Faschismus", *Gegen den Strom*, N° 2 a 4 (enero de 1930), reimpresso en De Felice, *Il fascismo*, pág. 272-295. véase otro comentario en Wippermann, *Faschismustheorien*, pág. 42-48, y la crítica de Jost Dülffer, "Bonapartism, Fascism and National Socialism" JCH 11.4 (octubre de

Conforme a esta interpretación, el fascismo era el producto de una crisis política y social en la cual ya no eran eficaces las formas tradicionales de dominación de clase, pero que había producido una situación de relativo equilibrio de clases que permitía a una nueva forma de dictadura liberarse de la dominación de clase. Aunque el fascismo podía beneficiar a unos sectores sociales más que a otros, en sí mismo servía sobre todo como fuerza política, y podía gozar de un éxito independiente transitorio hasta que, con el tiempo, el peso de los factores económicos y sociales evolucionara en contra suya. Algunos teóricos comunistas más recientes, como Galkin y Vajda, han incorporado aspectos de la explicación de Thalheimer, y consideran el fascismo como una crisis atípica producida por determinadas variantes de la sociedad capitalista, en la cual el régimen fascista logra liberarse hasta cierto punto de la dominación capitalista, por lo menos de momento²²⁰.

El fascismo como expresión de un radicalismo exclusivo de las clases medias

Varios observadores y estudiosos han sugerido una interpretación diferente de las bases de clases del fascismo, pues no consideran a éste como agente de la burguesía, sino más bien como vehículo de sectores de las clases medias, a las que antes se negaba la pertenencia a la élite nacional, con objeto de forjar un sistema que les diera un papel más destacado. Quien primero sugirió esta explicación fue Luigi Salvatorelli, en su *Nazionalfascismo* (1923), cuando subrayó el papel de la "pequeña burguesía humanista", los funcionarios, los diplomados universitarios – que trataba de reestructurar el estado y la sociedad italianos tanto en contra de la alta burguesía capitalista como en contra de los obreros. Su interpretación ha obtenido el decidido apoyo del principal estudioso del fascismo italiano²²¹, así como del historiador más oficial del movimiento²²². Coincide en gran medida con la tesis de Seymour Lipset sobre el fascismo como "radicalismo del centro"²²³.

Ese enfoque explica la procedencia social de parte de la base de determinados partidos fascistas importantes, además de aclarar determinados aspectos del programa fascista. Pero su capacidad explicativa es limitada, pues no explica el gran número de seguidores del fascismo no pertenecientes a las clases medias en países tan diversos como Alemania, Hungría y Rumanía. Tampoco logra explicar todo el carácter y el alcance de los objetivos radicales entre dirigentes tan diferentes como Hitler, Déat, Piasecki y Codreanu. O sea, que el "radicalismo de las clases medias" explica una de las tendencias más importantes del fascismo, pero resulta insuficiente para constituir una teoría general del fascismo.

El fascismo como la consecuencia de historias nacionales excepcionales

Diversos escritores e historiadores han tratado de presentar al fascismo²²⁴ y el nazismo²²⁵ como enfermedades esencialmente italianas y alemana, debidas a valores e instituciones culturales y sociales defectuosos arraigados en las historias

1976), pág. 109-128.

²²⁰ Samuel Farber, en *Revolution and Reaction in Cuba, 1933-1960* (Middletown, Connecticut, 1977), aplica el concepto bonapartista a la revolución de Castro, de una forma que no deja de ser convincente.

²²¹ De Felice, *Interpretations*, pág. 130, 174-192, y *Fascism: An Informal Introduction to its Theory and Practice* (New Brunswick, Nueva Jersey, 1976).

²²² Gioacchino Volpe, *Storia del movimento fascista* (Milán, 1939), pág. 46-47.

²²³ Lipset, "Fascism- Left, Right and Center", capítulo 5 de su *Political Man* (Nueva York, 1960).

²²⁴ Por ejemplo, D. Mack Smith, *Italy: A Modern History* (Ann Arbor, 1959).

anteriores de esos países. Aunque no cabe en absoluto desechar de plano ese enfoque, sus partidarios han ido disminuyendo constantemente, debido a la superficialidad de sus análisis, en los que no han hecho una comparación adecuada con otros países cuyos factores y problemas eran parecidos, aunque fuese en menor grado. Se ha reconocido que esto lleva a un reduccionismo antihistórico y antiempírico.

El fascismo como producto de un derrumbamiento cultural o moral

Los historiadores de la cultura alemana e italiana, encabezados por figuras como Benedetto Croce²²⁶ y Friedrich Meinecke²²⁷, han interpretado el fascismo como el producto de la fragmentación cultural y el relativismo moral de los valores europeos a partir de fines del siglo XIX. Según esta opinión, la crisis de la primera guerra mundial y los años siguientes, al producir una intensa dislocación económica, conflicto social y anomia cultural, llevó a una especie de colapso espiritual que permitió el auge de nuevas formas de nacionalismo radical. Una de las exposiciones contemporáneas más coherentes de este enfoque es la de Peter Drucker²²⁸.

La debilidad del enfoque de la crisis cultural o moral, tomado por sí solo, estriba en que solo trata de explicar las condiciones que permitieron la aparición de los movimientos fascistas, sin explicar sus ideas, valores, formas u objetivos específicos. En cambio, A. James Gregor, en su *The Ideology of Fascism*, argumenta que el fascismo italiano elaboró una ideología coherente que no era el producto de un derrumbamiento nihilista, sino más bien la consecuencia de unas ideas culturales, políticas y sociales nuevas elaboradas en Europa occidental y central a fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

El fascismo como fenómeno metapolítico excepcional

El estudioso más famoso del fascismo, Ernest Nolte, interpreta el fascismo de manera completamente diferente de todas las teorías anteriores, pues desecha la mayor parte de los factores aducidos por otros intérpretes por considerarlos secundarios o prácticamente inaplicables. Nolte considera el fascismo primordialmente como un fenómeno metapolítico, es decir, como el producto de determinadas aspiraciones políticas, culturales e ideológicas que surgen de la democracia liberal y están encaminadas a crear un orden radicalmente nuevo, con nuevos valores y doctrinas propios, que rechazan los proyectos existentes de "trascendencia" y buscan otro tipo de revolución de la derecha. A su juicio, el fascismo es producto de la era de las guerras mundiales y el bolchevismo, y trata de

²²⁵ Estas obras cuyo enfoque es algo simplista, prosperaron especialmente durante la segunda guerra mundial. Ejemplos importantes son Edmond Vermeil, *Doctrinaires de la révolution allemande* (Paris, 1939); W.M. McGovern, *From Luther to Hitler: The History of Fascist-Nazi Political Philosophy* (Nueva York, 1941); y Peter Viereck, *Metapolitic: From the Romantics to Hitler* (Boston, 1941).

²²⁶ Hay referencias a los escritos de Croce sobre el fascismo, y evaluaciones de esos escritos, en Gregor, *Interpretations*, pág. 29-32.

²²⁷ En De Felice, *Il fascismo*, pág. 391-437, se exponen y comentan selecciones de Meinecke, Hans Kohn y Gerhard Ritter en este sentido.

²²⁸ Peter Drucker, *The End of Economic Man* (Nueva York, 1939).

contrarrestar a este último mediante la adopción de algunas de sus formas y sus técnicas²²⁹.

Aunque son pocos los estudiosos que han aceptado las formulaciones exactas de Nolte, otras figuras importantes han sugerido interpretaciones políticas propias. Antes de que se publicara el primer libro de Nolte, Eugen Weber sugirió que el fascismo era un proyecto excepcional y específico revolucionario por derecho propio²³⁰, mientras que George Mosse, el principal historiador de la cultura nazi y pre-nazi²³¹, interpreta el fascismo como una revolución de la derecha con objetivos trascendentales propios y con un contenido cultural e ideológico específico, no meramente reaccionario ni oportunista²³². De forma un tanto parecida, el filósofo católico Augusto del Noce entiende el fascismo como la forma revolucionaria de determinados nacionalismos europeos durante la "primera edad de la secularización", cuando el clericalismo moderno todavía era capaz de proyectar objetivos idealistas y semitrascendentales, y antes de la victoria absoluta del materialismo y el comunismo. Interpreta el fascismo italiano como competidor del leninismo, y el nacionalsocialismo alemán, más radical, como pcontrapartida competitiva del stalinismo, de manera que constituyen dos fases diferentes del radicalismo del siglo XX²³³.

El fascismo como resultado de impulsos psicosociales sumamente neuróticos o patológicos

Este enfoque es más intuitivo que empírico, pero prosperó en algunos sectores durante la era fascista e inmediatamente después de ella. Sus teóricos más leídos han sido Erich Fromm, Wilhelm Reich, y Theodor Adorn y los colegas de este último. La obra de Fromm *El Miedo a la Libertad* (publicada inicialmente en Nueva York, 1941, 1965) aducía que debía entenderse el fascismo como producto de la sociedad de clase media centroeuropea decadente, pero difería del enfoque marxista corriente al hacer hincapié sobre todo en los sentimientos de aislamiento, impotencia, anomia y frustración.

²²⁹ Ernst Nolte, *Three Faces of Fascism* (Nueva York, 1966). (Hay traducción al castellano: *El fascismo en su época*, Ed. Península, Barcelona, 1968).

²³⁰ Eugen Weber, *Varieties of Fascism* (Nueva York, 1964).

²³¹ George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology* (Nueva York, 1964); *Nazi Culture* (Nueva York, 1968); *Germans and Jews* (Nueva York, 1970); *The Nationalization of the Masses* (Nueva York, 1975); y "The Genesis of Fascism", JCH 1.1 (abril de 1966), pág. 14-26.

²³² George L. Mosse *Nazism: A History and Comparative Analysis of National Socialism* (New Brunswick, Nueva Jersey, 1978). La reseña de Nolte por Mosse, que es probablemente la mayor crítica aparecida de este último, se publicó en *Journal of the History of Ideas* 27.4 (octubre-diciembre de 1966), pág. 621-625. J.P. Stern, en *Hitler: The Führer and the People* (Glasgow, 1975), tiende a convenir con Mosse.

²³³ Augusto del Noce, *L'Epoca della secolarizzazione* (Milán, 1970), pág. 111-135; y "Per una definizione storica del fascismo", en *Il problema storico del fascismo* (Florenca, 1970), pág. 11-46.

Peter Merkl, en "Comparing Fascist Movements" (Larsen y otros, comps., *Who Were the Fascists?*), añade otra variante al concluir que "las pruebas de que la revuelta generacional era la gran fuerza motivadora que tenían en común todos estos movimientos fascistas diversos parecen ser verdaderamente abrumadoras".

Un enfoque freudiano más extremo tiene su ejemplo en la obra de Wilhelm Reich, *La Psicología de las Masas del Fascismo* (Nueva York, 1930, 1946, 1970), que proponía una explicación psicosexual. Reich consideraba el fascismo como una combinación de represión sexual e impulsos compensatorios y agresivos sadomasoquistas, y como la consecuencia natural de una "sociedad burguesa" basada en la represión sexual.

Cabe hallar un enfoque diferente, pero relativamente afín, en la obra de Theodor Adorno y otros, *La personalidad autoritaria* (Nueva York, 1950). Este estudio sugería que podía entenderse el fascismo como la expresión primordial de determinados rasgos de la "personalidad autoritaria" que tendían a la rigidez, la represión y la dictadura, y cuya presencia cabía esperar sobre todo entre las clases medias centroeuropeas del período de entreguerras.

La debilidad de estas teorías reside en el contenido especulativo y no verificable de las concepciones de Fromm y Reich y en el carácter peculiarmente reduccionistas de las ideas sexuales de este último, que no pueden hacerse aplicables metodológicamente aplicables a las principales dimensiones del problema. El inventario de la "personalidad autoritaria" es más específico y empírico, pero las investigaciones ulteriores no han logrado sustanciar ninguna hipótesis clara acerca de los rasgos de la personalidad de la clase media o centroeuropea en este período, y no es de sorprender que un estudio empírico concluyente que las personalidades de los comunistas eran tan "autoritarias" como las de los fascistas.

El fascismo como producto de la ascensión de unas masas amorfas

Otra concepción del fascismo lo considera como producto de unos cambios cualitativos exclusivos de la sociedad europea, a medida que la estructura tradicional de clases fue cediendo terreno a unas poblaciones numerosas, indiferenciadas y atomizadas: las "masas" de la sociedad urbana e industrial. Quien primero expuso esta idea fue José Ortega y Gasset, y de diversas formas la han vuelto a formular Emil Lederer²²⁴, Talcott Parsons²²⁵, y Hanna Arendt²²⁶, y quizá de la forma más coherente William Kornhauser²²⁷. Hace hincapié en el carácter irracional, antiintelectual y visceral del atractivo del fascista para el "hombre masa", con lo cual hasta cierto punto complementa la teoría del "derrumbamiento cultural".

Pero este enfoque tiende a olvidar la medida en que figuraban en los programas y las prácticas de los movimientos fascistas un contenido ideológico práctico y unos llamamientos coherentes a intereses tangibles, así como la medida en que muchos de sus seguidores se seguían identificando y definiendo como miembros de sectores sociales o institucionales estructurados. Además, no distingue entre el carácter de la "sociedad de masas" en el contexto alemán, distinto de los demás países industrializados.

El fascismo como manifestación típica del totalitarismo del siglo XX

Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, cuando el espectro de una Europa dominada por el hitlerismo se vio sustituido por el de una Europa

²²⁴ Emil Lederer, *The Satias of the Masses* (Nueva York, 1940).

²²⁵ Talcote Parsons, "Some Sociological Aspects of the Fascists Movements" en sus *Essays in Sociological Theory*, ed.rev. (Nueva York, 1949).

²²⁶ Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (Nueva York, 1951). (Hay traducción al castellano en cursos de publicación: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Ed., Madrid, 1981-82, 3 vols.)

²²⁷ William Kornhauser, *The Politics of Mass Society* (Nueva York, 1959).

dominada por el stalinismo, surgió una nueva línea de interpretación entre algunos teóricos políticos occidentales. Sugirieron éstos que el fascismo en general, pero más específicamente el nacionalsocialismo, no constituía una categoría o un género absolutamente excepcional, sino que se trataba simplemente de una manifestación típica del fenómeno general, más amplio y todavía más siniestro, del totalitarismo del siglo XX, que perduraría mucho tiempo después de que hubieran expirado los movimientos estrictamente fascistas²³⁸. Esta concepción estuvo muy de moda en la década de 1950, pero más tarde fue objeto de críticas cada vez más duras. Hannah Arendt excluyó a la Italia de Mussolini de la categoría de los sistemas totalitarios, con lo que socavó el concepto del fascismo genérico como totalitarismo. Más tarde, en un importante artículo, Wolfgang Bauer llamó la atención sobre los aspectos comunes del fascismo y el nacionalsocialismo y sus diferencias con los sistemas comunistas²³⁹, con lo que puso más en duda que existiera una identidad común como totalitarismo genérico. Los teóricos occidentales han tropezado cada vez más con dificultades para definir el totalitarismo – aunque esto pueda deberse meramente a perversidad y simplismo –²⁴⁰ y algunos dudan que exista como una categoría continua y comparable en absoluto²⁴¹.

El fascismo como resistencia a la modernización

El viejo argumento de que el fascismo era meramente irracional e incomprensible en términos normales ha recibido en los últimos años una nueva matización por parte de algunos estudiosos occidentales que lo han interpretado como una expresión de resistencia a la “modernización”, como quiera que se defina esta última. Interpretan los movimientos fascistas como opuestos primordialmente a los aspectos centrales de la sociedad liberal occidental, como la urbanización, la industrialización, la educación liberal, el materialismo racionalista, el individualismo, la diferenciación social y la autonomía pluralista, de modo que califican al fascismo como inherentemente opuesto a la modernización “en sí”. Henry A. Turner, Jr., ha aportado la exposición más sucinta y directa de este punto de vista²⁴². Wolfgang Iser interpreta el fascismo como el movimiento político de los “perdedores” en el proceso de modernización, mientras que Barrington Moore, que emplea una definición del fascismo muy elástica, cree que fue el producto de un proceso aberrante de modernización controlado por élites marciales y rurales²⁴³. Ernst Nolte ha aducido que el fascismo fue, entre otras cosas, la expresión de una resistencia a la “trascendencia” moderna, concepto filosófico que no parece estar divorciado del de modernización en las ciencias sociales. Akan Cassels, no obstante, aporta una matización importante a la tesis antimodernista con su concepción de las

²³⁸ La exposición clave de este enfoque es la que hacen Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (Nueva York, 1956). Asimismo, *Totalitarianism*, comp. Por Carl J. Friedrich (Nueva York, 1954).

²³⁹ Wolfgang Iser, “National Socialism: Totalitarianism or Fascism?”, *AHR* 73.2 (diciembre de 1967), pág. 404-422.

²⁴⁰ Por ejemplo, Hans Buchheim, en *Totalitarian Rule* (Middletown, Connecticut, 1968), escribe fatuidades como “El concepto de gobierno totalitario no se puede determinar por medios puramente lógicos” (pág. 11), y “La esencia del fascismo es la rebelión contra la libertad” (pág. 23), etcétera.

²⁴¹ Cf. Herbert Spiro, “Totalitarianism”, *Internacional Enciclopedia of the Social Sciences* (Nueva York, 1968), vol. 16.

²⁴² Henry A. Turner, Jr., “Fascism and Modernization”, *World Politics* 24.4 (julio de 1972), pág. 547-564, reimpresso en Turner, *Reappraisals of Fascism*, pág. 117-139.

²⁴³ Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Boston, 1966). (Hay traducción al castellano: *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Ed. Península, Barcelona, 1923).

"dos caras del fascismo", al sugerir que en algunos países subdesarrollados el fascismo fue una fuerza modernizadora, pero se volvió en contra del proceso modernizador en países como Alemania que ya estaban industrializados²⁴⁴. La tesis de la antimodernidad se ha visto vigorosamente combatida por algunos estudiosos que aducen una interpretación diametralmente opuesta²⁴⁵.

El fascismo como consecuencia de una fase determinada del crecimiento socioeconómico, o una fase en la secuencia del desarrollo

Casi todas las interpretaciones precedentes eran "concepciones clásicas", formuladas inicialmente en las décadas de 1920 y 1930 en términos de los intereses o los impulsos fundamentales de la sociedad europea o de su estructura económica. Veinte años después de la derrota de la Alemania nazi surgió un enfoque diferente, influido por las ideas generales relativas a los imperativos estructurales y políticos de la modernización económica y a las experiencias recientes de los países del "Tercer Mundo" que acababan de conquistar la independencia.

El concepto del crecimiento por fases sostiene que muchas veces el proceso de modernización e industrialización ha tendido a producir graves conflictos internos a medida que el equilibrio del poder va cambiando entre distintos grupos sociales o económicos y pone en peligro a algunos. Quienes se inclinan hacia este enfoque no sólo difieren de los marxistas en que no reducen el conflicto a un combate entre el capital y el trabajo, sino que lo definen con más amplitud en relación con una extensa gama de fuerzas sociales/ estructurales y de intereses nacionales.

Dos de los principales expositores de esta reoría han sido A.F.K. Organski y Ludovico Garruccio (pseudónimo). Organski²⁴⁶ ha sugerido que las posibilidades de un fascismo surgen en el momento en que el sector industrial de la economía empieza a igualar por primera vez en volumen y en fuerza de trabajo al sector primario, lo cual crea la posibilidad de conflictos graves que sirven además para provocar un nacionalismo agresivo y un gobierno autoritario. El problema de esta concepción es que su autor no la afinó lo bastante para hacer que resultara aplicable únicamente a Italia ya otros países que pasaron por una experiencia "fascista", y en consecuencia no se puede aplicar a Alemania (ni el autor lo intenta). La mayoría de los países que pasan por esa fase de crecimiento nunca han experimentado nada que pudiera calificarse de fascismo.

Es posible que la tentativa más seria de comprender el fascismo a partir de las pautas generales comparativas de modernización sea la de Ludovico Garruccio, *L'industrializzazione tra nazionalismo e rivoluzione*. Sugiere que lo que se conocía como fascismo era la variante centroeuropea de una experiencia común de crisis, cuyo resultado final ha sido normalmente un gobierno autoritario, que ha acompañado al esfuerzo de las naciones modernas (o, en el caso de Rusia, de los

²⁴⁴ Alan Cassels, "Janus: The Two Faces of Fascism", *Canadian Historical Papers*, 1969, pág. 166-184, reimpresso en Turner, comp., *Reappraisals of Fascism*, pág. 69-92; y el libro de texto de Cassel, *Fascism* (Nueva York, 1974).

²⁴⁵ Véase por ejemplo, A. James Gregor, "Fascism and Modernization: Some Addenda", *World Politics* 26.3 (abril de 1973), pág. 370-384; así como Ludovico Garruccio (pseudónimo), *L'industrializzazione tra nazionalismo e rivoluzione* (Bologna, 1969).

²⁴⁶ A.F.K. Organski, *The Stages of Political Development* (Nueva York, 1965); y "Fascism and Modernization", en Woolf., comp., *The Nature of Fascism*, pág. 19-41. esta línea de interpretación se vio hasta cierto punto precedida por Franz Borkenau en su artículo de 1933, "Zur Soziologie des Faschismus", reimpresso en Nolte, *Theorien*, pág. 158-161.

imperios modernos) por establecer su identidad y su poder sobre una base moderna, superar un conflicto interno y completar su modernización social y económica. Esta concepción resulta muy sugerente y quizá ayude a explicar la relación del fascismo con el comunismo y con las dictaduras desarrollistas del Tercer Mundo, pero no identifica ni explica las características históricas del fascismo europeo.

A. James Gregor ha ampliado este enfoque en algunos aspectos al aducir que el fascismo en sus diversas manifestaciones es, más que el comunismo, la revolución típica del siglo XX, pues fue la primera que introdujo técnicas y conceptos nuevos de revolución nacional y de dictadura integrada²⁴⁷. Se identifica específicamente al fascismo italiano como prototipo de la dictadura desarrollista movilizadora de las masas ideada para alcanzar un amplio umbral de modernización²⁴⁸, aunque no se aplique específicamente este concepto a otros supuestos fascismos.

La negación de que pueda definirse un fenómeno tan general como el fascismo genérico

Por último, hay algunos analistas agudos de mentalidad nominalista que han concluido que el fascismo genérico es una proyección de la imaginación y que los diversos movimientos putativamente fascistas son demasiado diferentes para formar una categoría diferenciada. Según la rigidez o la uniformidad con que se defina la categoría del fascismo genérico, es posible que tengan razón. La exposición más directa de esta postura la ha hecho Gilbert Allardyce²⁴⁹, pero en diversos grados se ha visto apoyada por Kart D. Bracher (que no niega la posibilidad de construir un "mínimo fascista" abstracto, pero duda de su utilidad), John Lukacs y otros.

8 El fascismo genérico; una conclusión

²⁴⁷ A. James Gregor, *The Fascist Persuasion in Radical Politics* (Princeton, 1974).

²⁴⁸ En el estudio de Gregor, de próxima aparición, sobre la política fascista italiana.

²⁴⁹ Gilbert Allardyce. "What Fascism is Not: Thoughts on the Deflation of a Concept", *AHR* 84.2 (abril de 1979), págs. 367-388.

Ya se ha demostrado sobradamente que pocos problemas de la historia reciente de Europa han generado más controversia que la interpretación del fascismo. La controversia se centra sobre todo en dos cuestiones: una es la búsqueda de teorías o interpretaciones adecuadas que puedan "explicar" el fascismo y sus causas, como se ha visto en el capítulo anterior; la otra implica la cuestión de si se puede demostrar la existencia de un fascismo genérico, distinto de una diversidad de movimientos y regímenes nacionalistas radicales y autoritarios básicamente diferentes, con un mínimo de unidad o similitud.

Es fácil demostrar que la mayor parte de las teorías que se han mencionado carecen de validez general o ni siquiera específica. Tienden a ser monocausales o reduccionistas, y se pueden refutar o demostrar que son incorrectas con más o menos facilidad. Además, casi todos los que tratan de ocuparse de la teoría del fascismo no se ocupan ante todo de una categoría común o comparada de movimientos y regímenes diversos, sino que se refieren exclusiva o primordialmente al nacionalsocialismo alemán, lo cual reduce drásticamente el ámbito y la aplicación de sus argumentos.

Los fascistas y los nazis iniciales, al igual que los estudiosos y los polemistas posteriores, tuvieron sus dudas acerca de la existencia de un fascismo "genérico" común. Antes incluso de que Mussolini llegara al poder, el término *fascista* era aplicado a veces a otros grupos nacionalistas y autoritarios por los comunistas, quienes descubrieron en los fascistas italianos un fenómeno nuevo, el primer ejemplo de una nueva fuerza anticomunista, violenta y multiclasista, un enemigo único y formidable que utilizaba algunas de las armas de los propios comunistas. Se trataba de una novedad que nunca se había previsto ni se explicaba fácilmente en el esquema marxista clásico. Sin embargo, los comunistas vieron rápidamente que la etiqueta representaba un mecanismo polémico útil, y en pocos años su aplicación se había visto ampliada de tal modo que se salía de todo contenido concebible reconocible, a medida que los comunistas empezaron a aplicarlo (acompañado de todo género de sufijos o prefijos inseparables) prácticamente en todo movimiento no comunista. Ahí está el origen del uso retórico y polémico del término que ha predominado desde entonces. Conforme al mismo criterio, el concepto de "antifascismo" se hizo igual de amplio y vago, y en algunos países se utilizó antes de que existiera ningún fascismo que combatir.

En cambio, al principio los fascistas italianos solían negar que existiera ninguna similitud intrínseca entre su movimiento y los nuevos movimientos nacionalistas autoritarios de Alemania o de otros países. Mussolini, de forma un tanto típica, no adoptó una postura firme y coherente en un sentido u otro. Ya en 1921 sugirió a un admirador rumano que los activistas de ideas parecidas debían formar un equivalente rumano del fascismo italiano (y de hecho, en 1923 se formó un Partido Fascista Rumano, efímero), y en 1923 respondió a los halagos de sus primeros visitantes oficiales, el rey de España y el dictador español Primo de Rivera, sugiriendo que el fascismo italiano presentaba, efectivamente, una serie de características generalizables que se podrían reproducir en otros países. Pero cuando Mussolini visitó Alemania aquel mismo año, consideró prudente negar toda similitud fundamental entre el fascismo y los grupos nacionalistas autoritarios alemanes. En 1925, Giuseppe Bastiani presentó un informe entusiasta al Gran Consejo Fascista en el sentido de que había grupos en 40 países diferentes que se autotitulaban fascistas o recibían de otros ese título. Pero al año siguiente Mussolini negaba toda similitud o vinculación reales con quienes recibían a veces el calificativo de fascistas húngaros, y así sucesivamente. En marzo de 1928 hizo su famosa declaración de que "el fascismo no se exporta".

De hecho, Mussolini osciló siempre entre la idea de que el fascismo italiano había creado un nuevo estilo, un nuevo conjunto de valores y creencias y de formas políticas que podrían constituir la base de la hegemonía italiana dentro de un fascismo europeo más amplio, y su comprensión de que esas ambiciones eran imprudentes, serían difíciles de realizar y siempre se enfrentarían con el conflicto y la contradicción con los aspirantes a fascistas de otros países, que insistieran en sus propios intereses nacionales i exhibieran claras idiosincrasias nacionales. El enfoque de Hitler, al menos con respecto a Italia, era más firme, práctico y coherente. Queda abundante constancia de que estaba convencido, al menos a partir del momento de la Marcha sobre Roma, de que el fascismo y el nacionalsocialismo compartían un destino común. Aunque no los consideraba idénticos en el sentido de ser iguales punto por punto, sí los consideraba como equivalentes históricos en sus países respectivos. Aunque Hitler se mantuvo firme en su convencimiento general desde el principio al fin, no trató de elaborar una concepción mundial del nacionalsocialismo genérico, y normalmente no llamaba "fascista" al nacionalsocialismo. Como la clave del nazismo era la "raza", las contrapartidas específicas del nazismo se hallaban menos en las formas y las características políticas que en los seguidores más firmes del principio racial ario y de la revolución racial ario, estuvieran donde estuviesen. En el proceso de la revolución racial a escala europea, Hitler se convenció pronto, no obstante, de que la mezcla de las características políticas y los intereses nacionales exigía que Italia fuese el aliado inmediato más natural de una Alemania nacionalsocialista²⁵⁰. Aunque esta conclusión fuera contradictoria en cierto sentido, Hitler actuó de forma plenamente coherente en su aplicación, y durante algún tiempo incluso respetó el control por Italia del Alto Adigio (rincón nororiental de Italia habitado por gente de habla alemana). Esta postura se le agradeció mucho. En 1928, si no antes, el NSDAP era uno de los diversos grupos nacionalistas autoritarios que recibían una subvención del estado italiano²⁵¹.

La inquebrantable admiración de Hitler hacia Mussolini, y por extensión (aunque no con tanta fuerza) hacia el fascismo no era algo que compartieran forzosamente otros dirigentes nazis. Al ideólogo Rosenberg le interesaba una asociación internacional de movimientos afines, pero le resultaba cada vez más despreciable la confusión racial y el filosemitismo intermitente de los fascistas italianos. Algunos de los nazis más radicales rechazaban al régimen de Mussolini por otros motivos, especialmente por ser demasiado conservador o supuestamente capitalista, aversiones que compartían en diversos grados y medidas Gregor Strasser. Goebbels y Himmler. (Este convencimiento de que el corporativismo fascista italiano era demasiado capitalista o conservador sería más tarde una crítica frecuente entre los nacionalsindicalistas de España, Francia, el Japón y otros países). Strasser también consideraba que el pionero del *Führerprinzip* había sido Mussolini (y en cierto sentido tenía razón), y lo lamentaba como importación extranjera "fascista"²⁵².

Pero en general, Mussolini y algunos otros dirigentes fascistas evolucionaron cada vez más, aunque no sin titubeos, hacia el contacto con otros grupos nacionalistas extranjeros y el apoyo a estos. A fines de la década de 1920, un aspecto de esta política eran las subvenciones, y otro la actitud decididamente pronazi de la revista fascista antisemita *Il Tevere*. La nueva revista *Antieuropa*, fundada en 1929, se orientaba especialmente hacia la universalidad del nacionalismo radical de tipo fascista, pero al principio no abrigaba ilusiones en cuanto a una identidad genérica absoluta o a una

²⁵⁰ Véase, especialmente, Meir Michaelis, "I rapporti tra fascismo e nazismo prima dell'avvento di Hitler al potere (1922-1933)", *Revista Storica Italiana*, 85.3 (septiembre de 1973), pág. 544-600.

²⁵¹ *Ibid.*, pág. 597-600.

²⁵² *Ibid.*, pág. 582-583.

internacional fascista. Aunque sólo fuera por su superracionalismo, los grupos paralelos entrarían en conflicto unos con otros, de forma que "no podían ser amigos"²⁵³

El derrumbamiento del régimen español de Primo de Rivera representó un golpe para Mussolini, pero en cambio pudo celebrar las victorias electorales de Hitler, que comenzaron en 1930. Mientras Hitler declaraba que el nacionalsocialismo señalaba una "fascistización" de Alemania (y es de reconocer que esta no era su terminología normal), Mussolini aplaudió el progreso de lo que acabó por calificar de "fascismo alemán" y su victoria de 1933²⁵⁴, pese a su preferencia anterior por el Stahlhelm más conservador.

En 1934, el régimen italiano estaba promoviendo el "fascismo universal", por un lado, aunque al mismo tiempo se desconectaba del nacionalsocialismo alemán. Aquel año señaló el apogeo de una guerra verbal en la cual se subrayaron, y a veces se exageraron, todos los rasgos negativos del nazismo y las diferencias entre éste y el fascismo italiano. Mussolini dejó todo esto de lado cuando se formó el Eje, pero hubo dirigentes nazis de segunda fila que siguieron despreciando al fascismo italiano por sus limitaciones, su conservadurismo y su falta de potencial plenamente revolucionario²⁵⁵.

En resumen, los máximos dirigentes fascistas y nazis comprendían que tenían mucho en común y que parecían representar un nuevo punto de partida en comparación con grupos políticos anteriores, pero no estaban seguros de hasta dónde llegaba exactamente la identidad mutua, y siguieron teniendo conciencia de que entre ellos existían diferencias importantes, incluso decisivas a juicio de algunos. Como se ha indicado en el capítulo 4, los fascistas iniciales no podían resolver el problema político y conceptual del fascismo genérico, ni siquiera cuando hicieron un esfuerzo específico para afirmarlo y definirlo en la década de 1930.

Mi propia conclusión, al cabo de dos decenios de examinar diversas y múltiples cuestiones relativas al fascismo, es que todo enfoque maniqueo del problema del fascismo genérico no puede básicamente sino inducir a error. Es decir, la habitual reducción a una identidad absolutamente común es deformante e inexacta; mientras que un enfoque radicalmente nominalista, que insiste en que todos los movimientos nacionalistas radicales de la Europa de entreguerras eran inherentemente diferentes, aunque sea correcto en el sentido último de que ninguno de ellos era un calco del otro, tiene el defecto opuesto de pasar por alto unos parecidos muy distintivos. Incluso algunos de los críticos más destacados del concepto del fascismo genérico, como Kart Bracher y Renzo de Felice, reconocen que es analíticamente posible definir algunas características comunes que compondrían un "mínimo fascista", aunque nieguen que esa identidad genérica pueda especificar lo que era más significativo e históricamente decisivo en cualquier movimiento supuestamente fascista. Así, a lo largo de todo este libro se ha utilizado la tipología del fascismo expuesta en el capítulo 1 como piedra de toque para demarcar el tipo de movimiento clasificado como fascismo, pero sin suponer que la tipología genérica pudiera definir todas las características más importantes de cada uno de los distintos movimientos.

Como ya se ha dicho, la descripción tipológica sugerida de las características comunes de un fascismo genérico no es útil más que con fines limitados de comparación y distinción. A veces las diferencias entre los movimientos fascistizantes — fueran políticos o ideológicos — han parecido casi tan importantes como las similitudes. Cuando se emplea un inventario inductivo de características del fascismo genérico, debe

²⁵³ *Ibid.*, pág. 575, 584-586.

²⁵⁴ *Ibid.*, pág. 572-577.

²⁵⁵ Cf. Las citas de Arendt, *Totalitarianism*.

entenderse que los diferentes movimientos poseían potencialmente (según los casos) otras creencias, metas y características muy importantes que no contradecían necesariamente las características comunes, sino que iban más allá que éstas. Por eso es posible que la descripción tipológica sirva de mecanismo analítico o heurístico, pero no debe utilizarse como categoría taxonómica deificada y monolítica²⁵⁶. Quizá sirva para ayudarnos a comprender los rasgos comunes de las formas más radicales de una generación de nacionalismo europeo, condicionad por influencias culturales, políticas y sociales únicas, pero no puede aportar la plena definición histórica de cada uno de esos movimientos. Sin embargo, es posible que nos ayude a subrayar la excepcionalidad histórica del fascismo si podemos concluir que ni antes de 1919 ni después de 1945 han existido movimientos políticos de importancia que compartieran toda la gama de las características fascistas.

Algunos estudiosos percibieron pronto que el fascismo europeo no era uniforme, sino que comprendía varios subtipos distintos. Han definido este problema de diversas formas. Eugen Weber distinguía entre dos subtipos o tendencias generales entre los movimientos fascistas: el "fascista" propiamente dicho o italiano, y el "nacionalsocialista", y aducía que el tipo italiano era pragmático (y en consecuencia más moderado, e incluso conservador), mientras que el tipo nacionalsocialista tenía más motivaciones teóricas y era más fanático, y por ello más radical y destructivo. Posteriormente Alan Cassels²⁵⁷ ha sugerido una especie de dicotomía entre los fascistas de la Europa sudoccidental y los nacionalsocialistas centroeuropeos en términos de tendencias moderadas y regresivas. Wolfgang Sauer distinguía entre tres "subtipos de fascismo" diferentes: el "mediterráneo original"; los "regímenes diversos y no demaciado longevos" de la Europa centrooriental como "variante mixta no completa"; y el "nazismo alemán" como forma especial²⁵⁸.

²⁵⁶ De ahí que el término *genérico* se haya utilizado sencillamente como ilustración general y conforme a los convencionalismos verbales. Es probable que el haber tratado de aplicar un idioma taxonómico exacto, que suele derivarse de referencias biológicas, hubiera llevado a una comprensión suficiente de los movimientos políticos para demostrar que se ajusten unos a otros, o diferían entre sí, con la regularidad o la diferenciación taxonómicas observables en el mundo biológico. El término *fascismo genérico* se utiliza únicamente de forma provisional, y no se pretende indicare que los movimientos fascistas constituyan un "género" específico y delimitado completamente distinto de otros "géneros" posibles de movimientos políticos, ni que existiera una relación genética necesariamente directa e identificable entre ellos.

Si se pretende categorizar una identificación provisional y limitada del fascismo genérico en comparación con otros partidos no parlamentarios, entonces cabría identificarlo como uno de los tipos principales de movimientos revolucionarios de masas surgidos desde el decenio de 1790, entre los cuales cabe identificar por lo menos seis tipos generales:

- 1 El jacobino (1792 a 1871 ó 1917) que llevó a movimientos republicanos radicales en Europa meridional durante el siglo XIX y principios del XX.
- 2 El anarquista (1835 a 1939).
- 3 El socialista (1868 a 1939) (R. Luxemburgo, los mencheviques, el PSI, los austromarxistas, el PSOE).
- 4 El leninista (1903-).
- 5 El fascista (1919 a 1945).
- 6 El populista (1890-).

Este último es el género más amorfo de toda la familia, pues cabe suponer que abarca a los SR rusos, el partido campesino de Stambuliski, el PRI mexicano en sus comienzos o sus inmediatos antecesores, el APRA, el MNR boliviano, el Kuomintang en sus comienzos y probablemente varios movimientos más del Tercer Mundo.

Quizá se pudiera añadir una séptima categoría de movimientos contrarrevolucionarios de masas con algunos objetivos radicales propios, sobre todo los carlistas españoles.

²⁵⁷ Cassel *Fascism*. Andrew Janos también ha establecido una distinción en una monografía inédita titulada "Two Faces of East European Fascism".

La mayor parte de estas distinciones tiene fundamento, especialmente en el caso de la dualidad básica de Weber, pero ninguna de ellas es lo bastante detallada para dar cabida a todos los grandes subtipos. Como el fascismo se basaba en un nacionalismo extremo, los movimientos nacionales reflejaban sensiblemente las diferencias institucionales, culturales, sociales y espirituales entre sus propios países, con lo cual se produjeron muchas variantes nacionales. Cabe identificar como mínimo seis variedades (aunque hay quienes quizá establecieran una lista mucho más larga):

1. El fascismo italiano paradigmático, pluralista, diverso y nada fácil de definir en términos sencillos. Aparecieron formas hasta cierto punto derivadas en Francia, Inglaterra, Bélgica, Austria, Hungría, Rumania, y posiblemente incluso en el Brasil.
2. El nacionalsocialismo alemán, definido a veces como la forma más extrema o radical del fascismo, único movimiento racista que logró establecer una dictadura total, y por ende desarrollar su propio sistema. Aparecieron movimientos algo paralelos o derivados en Escandinavia, los Países Bajos, los Estados bálticos y Hungría y, de modo más artificial, en varios estados satélite durante la guerra. El tipo italiano y el alemán fueron las dos formas predominantes, pero no únicas, de fascismo.
3. El falangismo español. Aunque cierto punto derivaba de la forma italiana, se convirtió en una especie de fascismo católico y culturalmente más tradicionalista, que fue más marginal.
4. El movimiento legionario o Guardia de Hierro de Rumania, forma mística y kenótica de fascismo semirreligioso, que representó el único movimiento notable de este tipo en un país ortodoxo, y también fue marginal.
5. El movimiento "húngarista" o de "La Cruz y la Flecha" de Saláís, algo distinto tanto de los nacionalsocialistas húngaros como de los partidarios húngaros de un movimiento más moderado y pragmático de estilo italiano, y que durante breve tiempo quizá fuera el segundo movimiento fascista europeo en popularidad.
6. Los fascismos no desarrollados y abortados, intentados por medios burocráticos por regímenes autoritarios de derecha, sobre todo en Europa oriental en la década de 1930. Pero ninguna de estas tentativas llegó a producir organizaciones fascistas plenamente formadas y completas.

Como la política fascista fue una forma nueva y tardía, una gran proporción de los dirigentes fascistas o incluso de los activistas más corrientes, iniciaron sus carreras políticas como miembros de grupos no fascistas, generalmente de la izquierda radical o de la derecha autoritaria o católica. La transformación que condujo a la política y la organización fascistas raras veces fue instantánea y completa. A veces hizo falta un largo período de evolución de cinco o más años, y a veces esa metamorfosis llegó a completarse y se quedó detenida en la frontera de una especie de profascismo parcial. O sea, que entre las tensiones de la década de 1930, muchos grupos y movimientos se vieron denunciados como fascistas, cuando no exhibían plenamente las características del fascismo genérico, sino que simplemente se iban acercando a determinados aspectos de la doctrina o del estilo fascistas; o quizá empezaban a exhibir algunos de los arcos externos de las organizaciones fascistas, como ocurrió a menudo con los grupos derechistas, sin llegar a adoptar de hecho el espíritu, las doctrinas ni los objetivos radicales del fascismo genérico. El innegable vértigo producido por la política fascista

²⁵⁸ Wolfgang Sauer, "National Socialism: Totalitarianism or Fascism?", AHR 73.2 (diciembre de 1967), pág. 404-422.

durante el decenio de la depresión indujo a grupos marginalmente afines a hacer exhibiciones externas que a menudo se aceptaron como si representaran el verdadero fascismo. No solo esto confundió a analistas e historiadores de una generación posterior, sino que también confundió a los propios fascistas iniciales, cuando el régimen de Mussolini empezó a desplazarse hacia una doctrina más amplia de "fascismo universal", y entonces se encontró con el problema de identificar elementos afines fascistas o simpatizantes y elementos fascizantes o fascizables en otros países²⁵⁹.

La distinción entre movimientos y regímenes fascistas

Otra fuente importante de confusión era la definición del fascismo genérico es la que se deriva de no distinguir entre movimientos y regímenes fascistas. La mayor parte de los partidos fascistas no lograron pasar más allá de la fase de movimiento, e incluso en Italia los fascistas como movimiento nunca llegaron a asumir la totalidad del poder para establecer un - régimen - sistema completo. Una de las muchas paradojas de los movimientos fascistas fue que, pese a que aspiraban a destruir el sistema político liberal (o, más exactamente, sus residuos) y a introducir un estilo peculiarmente apolítico de política militarizada, sin embargo se vieron obligados a funcionar en gran medida como fuerza política regular en el contexto de sistemas políticos liberales o semiliberales. Ello se debió en parte a que necesitaban basarse en sectores de las clases medias, y a que esos movimientos movilizadores de integración nacional no podían surgir sino en países que ya hubieran alcanzado un grado bastante considerable de desarrollo social y político, lo cual comportaba sistemas parlamentarios electorales de duración relativamente larga con los que era necesario enfrentarse. Por eso, los movimientos fascistas nunca lograron funcionar como fuerzas revolucionario-insurreccionales al estilo leninista-maoísta, que es el medio por el que han llegado al poder todos los partidos comunistas independientes que establecieron sus propios regímenes. El que los movimientos fascistas se vieran obligados a establecer un estilo militarizado de la política en gran medida en un marco parlamentario de clase media los expuso a importantes contradicciones, y normalmente hizo que les resultara difícil trabajar con los grupos parlamentarios existentes. Incluso en las situaciones más favorables, los movimientos o las coaliciones autoritarias radicales que aspiran a establecer una dictadura nueva tropiezan con grandes dificultades, por lo general insuperables, para franquear la "barrera del 40%", y esto es aplicable a movimientos tan diversos como el nacionalsocialismo alemán, el austromarxismo, el comunismo parlamentario en la Europa sudoccidental, o la coalición de Allende en Chile. En todo caso, los movimientos fascistas dependían siempre de sus aliados en la campaña final por el poder. Casi ninguno de ellos logró encontrar aliados eficaces, y la mayoría de los que los encontraron se vieron, en grado variable, abrumados por ellos, fuese la derecha conservadora o, durante la guerra, el régimen fascista maximalista de Alemania.

Así, en ausencia de una diversidad de regímenes y sistemas genéricamente fascistas, no es posible aludir sino a varios regímenes semifascistas o aspirantes a fascistas, y al mismo tiempo distinguir entre el carácter y la estructura de cada tipo y subtipo, tanto entre ellos como en comparación con diversos tipos de regímenes conservadores (o, por lo menos, no socialistas) autoritarios no fascistas. Por lo común,

²⁵⁹ Véase Ledeen, *Universal Fascism*, y De Felice, "I movimenti fascista nel mondo". *Mussolini il Duce*, apéndice 8.

el género al que se refieren éstos no es el de los sistemas fascistas, sino más bien el de los regímenes autoritarios nacionales sincréticos o mixtos del siglo XX, de los cuales cabe considerar al régimen nacionalsocialista protototalitario de Alemania como la variación más extrema o atípica.

En lugar de constituir una anomalía, como lo consideraron durante mucho tiempo los teóricos anglonorteamericanos, el sistema autoritario nacional sincrético se ha convertido en la nueva forma política más común del siglo XX, y es más numeroso que el sistema parlamentario liberal o que los socialistas totalitarios, si bien es de suponer que el número de estos últimos vaya aumentando en el futuro. Dentro de este grupo general, cabe distinguir por lo menos siete tipos diferentes:

1. el régimen de Hitler como expresión más extrema del fascismo genérico y único régimen- sistema completamente fascista. Avanzó hacia la eliminación de todo pluralismo, y en su último año de existencia casi lo había logrado. El hecho de que el régimen de Hitler representara el único sistema completamente controlado por el fascismo, no obstante, no debe interpretarse como demostración de que realizó las tendencias inherentes de todos los movimientos fascistas, pues no representaba sino una forma específica de fascismo.
2. El régimen de Mussolini, creado en gran medida sobre la base del movimiento fascista, pero de hecho establecido y desarrollado como una dictadura más limitada e incluso semipluralista, en la cual el partido estaba en gran medida subordinado al estado y al sistema, en lugar de solamente al dirigente. El estado en sí mismo no realizó en absoluto sus propias aspiraciones teóricas al totalitarismo (y de hecho le daba al término un significado menos que total), como han reconocido muchos analistas.
3. los regímenes satélites fascistas o semifascistas establecidos por el imperium nazi, o gracias a él, durante la segunda guerra mundial. Como regímenes satélites y semicoloniales carecían en gran medida de autenticidad y de importancia política independiente. Su estructura efectiva era sobre todo del tipo más sincrético mencionado en las categorías 4 y 5, con las posibles excepciones de los regímenes de Saláís y de Quisling. El régimen ustasha croata tuvo que moderar aspectos de su reciente fascismo, dada la necesidad de aliarse con otros grupos, sobre todo católicos, y el régimen eslovaco permaneció arraigado en un catolicismo político y un pluralismo limitado. El régimen de Vichy, como mucho, nunca abrigó más que un componente modesto de fascismo genérico. Hitler, por lo general, prefería tratar con los elementos de la derecha conservadora o con los sectores más moderados de los grupos fascistas extranjeros cercanos al tipo nacionalsocialista- o que, a la inversa, se desviaban demasiado de él- eran nacionalistas de forma demasiado radical, competitivos y de trato difícil.
4. Las dictaduras sincréticas basadas en un principio no fascista de jefatura, generalmente derivadas del mando militar y de una coalición nacional semipluralista, pero que combinaban un importante componente de partido fascista. Los principales ejemplos serían España de 1937 a 1945, y Rumania de 1940 a 1944.
5. Los regímenes autoritarios semipluralistas sincréticos, sin un gobierno con base en las masas i un sistema estatal nuevo y distintivo, que trataron de montar un movimiento fascista semiburocrático de arriba abajo, pero por lo común fracasaron en el intento. Los ejemplos serían Polonia de 1937 a 1939; Rumania de 1938 a 1940; Hungría, de 1932 a 1940 (de forma algo

intermitente), y hasta cierto punto Yugoslavia, de 1935 a 1939, y Grecia de 1936 a 1941. El caso de la Argentina peronista tiene una cierta analogía con este tipo.

6. Los regímenes autoritarios conservadores o burocrático-nacionalistas que eran semipluralistas y no utilizaban las nuevas formas radicales de movilización de masas. Los ejemplos serían España, de 1923 a 1930 (y en un sentido parcial nuevamente a partir de 1945); Portugal bajo el Estado Novo (1926/33-1974); Brasil bajo Vargas; Polonia bajo Pilsudski; Hungría, durante la mayor parte de la regencia de Horthy, salvo los ministerios Gömbös e Imredy; y probablemente también Austria bajo el régimen Dollfuss-Schuschnigg, pues la política de este último consistía más en rebajar y de fascitizar la Heimwehr que en fascitizar el régimen. Sin embargo, cabe aducir que la Austria del Frente de la Patria pertenecía a la categoría 5.
7. Los regímenes sincréticos o semipluralistas estrictamente pretorianos que no intentan una movilización política nueva de importancia. Aparte de la Grecia de los Coroneles (1967-1974), los ejemplos son sobre todo América Latina (Argentina bajo Onganía, Brasil desde 1964, el "socialismo militar" en Bolivia y el Perú- al menos en sus fases iniciales- y Chile a partir de 1973). En diversas partes del Tercer Mundo cabe hallar otros ejemplos de regímenes que corresponden aproximadamente a las categorías 6 y 7.

Dadas estas limitaciones al alcance del análisis, resulta dudoso que se pueda definir genéricamente al fascismo en términos de una estructura de régimen que fuera típica y plenamente fascista. Ni siquiera el régimen de Hitler- el único plenamente dominado por un partido de tipo fascista y su dirigente- logró durar lo bastante para establecer una estructura completa y acabada.

Por consiguiente, el concepto de "régimen fascista" no se puede emplear sino en un sentido muy flexible y general, en términos de analogías con el nuevo estilo de dictadura introducido por Mussolini. Por eso muchos prefieren calificar de fascista a todo sistema autoritario no marxista basado en un partido único y que trate de regular una economía mixta. Dentro de este marco muy amplio de definición, cabe identificar un número considerable de "regímenes fascistas", tanto antes de la segunda guerra mundial como después de ella. Pero pocos de ellos han tenido poco que ver con movimientos fascistas o con la cultura histórica del fascismo.

Hacia una comprensión histórica del fascismo

No se pueden comprender las fuentes del fascismo por referencia a una clase social demoníaca ni a una abstracción sociológica o filosófica. La única forma de comprender el fascismo es a partir de los contextos históricos particulares de la Europa central y sus alledaños en los años siguientes a la primera guerra mundial. Evidentemente, su éxito dependió de unas circunstancias históricas nacionales y de unas variables claves que no se daban, o no se daban con la suficiente fuerza, en la mayor parte los países.

Las principales variables culturales eran las doctrinas de intenso militarismo nacional y de socialdarwinismo internacional, en las formas que se generalizaron entre

la generación de la primera guerra mundial en Europa central y sus alrededores, junto con las corrientes filosóficas y culturales contemporáneas de neoidealismo, vitalismo y activismo y culto al héroe. Esas tendencias podían encontrarse en la mayor parte de los países europeos antes de 1914, pero fuera de Europa central se veían contrarrestadas en gran medida por fuerzas culturales opuestas. Sin embargo, estas tendencias concretas se desarrollaron con más fuerza en los mundos de habla alemana e italiana y su hinterland cultural (como las regiones de Austria-Hungría).

La principal variable política no fue primordialmente el derrumbamiento de la democracia liberal establecida- ninguno de los sistemas democráticos liberales (los del norte de Europa y los países del antiguo Imperio Británico) se derrumbó-, sino que fue el impacto de la derrota militar y de la grave frustración nacional o la privación de peso internacional lo que creó la reacción en unos sistemas políticos en los que acababa de iniciarse la transición de la democracia liberal movilizada. A la inversa, el fascismo no podía avanzar mucho en sistemas democráticos preliberales, pues estos últimos no permitían la movilización, el desafío al sistema ni unas elecciones verdaderamente libres. Por el contrario, los dos movimientos que alcanzaron el éxito se aprovecharon de sistemas que estaban haciendo, o acababan de hacer, el tránsito a la democracia liberal mientras se enfrentaban con una crisis nacional muy influida por las relaciones exteriores y por una sensación de restricciones internacionales.

Parece que las principales variables sociales tuvieron que ver con una serie ampliada o en expansión de sectores medios que todavía no estaban ajustados a un marco moderno, industrial y democrático liberal de economía y de gobierno. El fascismo no constituía una tentación para los países plenamente desarrollados (los que contaban con economías industriales y con sistemas democráticos liberales arraigados, establecidos desde hacía una generación o más) ni para los países atrasados, agrarios y subdesarrollados. Concretamente, sólo afectó de forma grave a los países nuevos del decenio de 1860: Alemania, Italia y Austria-Hungría. Fue una consecuencia de las frustraciones de una condición intermedia nacional, imperial y hasta cierto punto estructural a principios del siglo XX, dependiente de una cultura peculiar de activismo, actividad declarada, comunidad orgánica, fuerza de voluntad y violencia. Sus manifestaciones más peligrosas se debieron a que hasta 1945 un país de una fuerza nada más que intermedia, como Alemania, que no poseía verdaderamente los recursos de un imperio continental, pudo amenazar a la paz del mundo y conquistar la mayor parte de Europa.

Los movimientos fascistas característicos se limitaron sobre todo a la Europa de entreguerras, y de forma todavía más específica a la Europa central y centrooriental y a la España de la Guerra Civil. El calificar a todo el período de 1919 a 1945 de era del fascismo puede ser acertado en el sentido de que el fascismo fue uno de los movimientos más originales y vigorosos del radicalismo de nuevo tipo en esos años, y también en el sentido de que durante algún tiempo Alemania se convirtió en el estado dominante de Europa. Pero no es correcto si se interpreta en el sentido de que el fascismo pasó a ser el elemento dominante en la política general, pues fueron relativamente pocos los europeos convertidos directamente al fascismo. En la abrumadora mayoría de los casos, los partidos fascistas tuvieron muy poco éxito y obtenían pocos votos. El antifascismo (a menudo como doctrina organizada por los comunistas) padeció al fascismo en muchos países europeos, y entre los socialistas italianos- en su oposición al "socialchovinismo" de Mussolini- casi padeció al propio fascismo inicial. Hacia 1939, los antifascistas, tanto los meros votantes como los activistas, fueron siempre mucho más numerosos que los fascistas en Europa considerada en su conjunto.

La crisis y las situaciones semirrevolucionarias no duraron mucho tiempo, y los movimientos fascistas carecían de una base clara de clases o de intereses que los sostuvieran. Su insistencia en un estilo militarizado de la política, junto con su necesidad de aliados, por fisispara que fuera la relación, limitaba mucho sus oportunidades y su tiempo de trabajo, y los obligaba a obtener el poder en menos de una generación, y en algunos casos en unos pocos años. La campaña de un partido fascista para obtener el poder amenazaba a la comunidad política huésped con un estado de guerra política (aunque no de guerra civil insurreccional) completamente diferente de la política parlamentaria normal. No hay un solo sistema que pueda soportar mucho tiempo un estado de guerra latente, aunque no se lance una insurrección directa. O sucumbe o supera el desafío. En la inmensa mayoría de los casos se rechazó el desafío fascista, aunque a veces a costa de establecer un sistema autoritario más moderado. En todo caso, el 0,7% de los votos logrados por la Falange en las últimas elecciones españolas de 1936 estaba mucho más cerca de la norma que el 38% logrado por los nazis en 1932.

Si bien el fascismo fue en parte un fenómeno cultural y en parte resultado del funcionamiento de la política imperialista-nacionalista de los nuevos estados en la década de 1860, es improbable que vuelva a repetirse de forma reconocible como un fascismo genérico europeo. Existen por lo menos dos motivos primarios para ello. Uno es que en 1945 se destruyeron las pretensiones y la dinámica imperialistas de los nuevos estados del decenio de 1860, y no es probable que resuciten. En segundo lugar, y es lo más importante, las bases culturales del fascismo genérico se han visto totalmente erosionadas en la era posterior a 1945, especialmente a partir de 1960, más o menos. Hoy día todas las fuerzas ideológicas en competencia comparten un materialismo humanista común, que excluye tanto el idealismo como el vitalismo anteriores. La tendencia se ve acentuada por la crisis general de la autoridad, la aceptación general de los conceptos de igualdad (social, racial, internacional), la marcha arrolladora de la burocracia y la aceleración de la atomización social.

Pese a la probabilidad de que no puedan repetirse formas específicas extinguidas, el fascismo fue algo clave en el radicalismo y el nacionalismo del siglo XX, de manera que muchas de sus características y sus influencias permanecen. Por eso resulta fácil jugar a definir los "fascismos" contemporáneos, pues muchos de los regímenes autoritarios nacionalistas tienen algunas de las características del fascismo (igual que todos los regímenes comunistas tienen algunas de las características del fascismo), aunque un análisis a fondo nunca permite mantener la tipología. Uno de los casos favoritos es, o era, el régimen de Nasser (actualmente de Sadat) en Egipto, con su *Führerprinzip*, el "socialismo árabe", un sector estatal de la economía que casi llega al 40%, la belicosidad contra Israel y un supuesto antisemitismo. Pero el régimen nasserista no tenía una filosofía ni una cultura muy específicas, ni disponía tras de sí de un movimiento unipartidista coherente, aparte de la amorfa Unión Nacional Árabe. Nunca fue decididamente anticomunista, ni de hecho tuvo mucha coherencia en forma alguna²⁶⁰. En su última fase, bajo Sadat, ha resultado ser todo lo contrario de un régimen belicoso o ferozmente antijudío.

El mismo juego se puede hacer con Israel. De hecho, conozco personalmente a varios fascistas europeos que miran a Israel como el perfecto estado "fascista representativo", con una relativa democracia interna, pero con un nacionalismo y un exclusivismo externos absolutos. De hecho, Israel es en algunos aspectos un producto del nacionalismo centroeuropeo absoluto, es etnocéntrico, ultranacionalista, militarista y

²⁶⁰ Cf. Jean Lacouture, *Nasser* (Londres, 1973). Acerca de las inclinaciones profascistas de la generación de Nasser, véase James P. Jankowski, *Egypt's Young Rebels: Young Egypt, 1933-1952* (Stanford, 1975).

expansionista, busca un Lebensraum y actúa sobre la base de una especie de teoría de *Herrenvolk* y *Untermenschen* respecto de Tierra Santa. Pero también es una auténtica democracia que funciona, al menos por lo que respecta a la población judía, y actúa como un *Rechtsstaat*, con los musulmanes. Y eso no tiene nada de fascista.

Mucho más fácil sería aducir esto respecto de la dictadura libia de Muamar el Gadafi. Aunque está sentado sobre un mar de petróleo, Gadafi es un antimaterialista musulmán fanático que trata de establecer un sistema cuasirrevolucionario estatal, una especie de nacional socialismo. Su interés por la violencia, el militarismo y el expansionismo internacional es evidente. Además, Gadafi ha escrito un libro (el *Libro verde*, traducido a varios idiomas) a fin de difundir el evangelio del *Führerprinzip*: los vínculos entre el jefe y un pueblo unido de todas las clases, que crean una "verdadera democracia" sobre bases orgánicas, lo cual suena muy parecido a la Italia fascista o a la España de Franco. Y, sin embargo, parece más probable que Gadafi, con sus sistemas de asambleas populares y sindicatos controlados por el estado, reproduzca un tipo radical y expansionista de "autoritarismo burocrático" (la frase remite a América Latina) que un fascismo movilizador de masas, revolucionario y de partido único. En todo caso, se acerca más al estilo y la tipología que cualquier dirigente desde Perón.

Hay quien opina que los regímenes comunistas nacional-campesinos de Asia, basados en el *Führerprinzip*, en un nacionalismo etnocéntrico extremo y en el racismo (y en lo más absolutamente grotesco del antimodernismo, en el caso de la Camboya de los Khmers Rojos) representan la fascistización del comunismo. No cabe duda de que, como se ha comentado antes, el fascismo y el comunismo comparten muchas características fundamentales, y a los portavoces rusos les encanta aplicar a China los mismos términos que a la Alemania nazi: política "pequeñoburguesa", "nacionalismo burgués", "degeneración militar-burocrática", "obediencia sumisa" de las masas, "antiintelectualismo", "voluntarismo", "subjetivismo", políticas "autárquicas" que tratan de colocar "la población excedente" en "territorios extranjeros", lo cual lleva a concluir que "el enfoque maoísta" no difiere en absoluto del "fascismo"²⁶¹. Las listas paralelas realizadas respecto a Cuba por analistas más serios incluirían la evolución pragmática *a posteriori* de una ideología mediante la práctica, la importancia prestada al campesinismo y el nacionalismo extremo, el gobierno por carisma y el principio de la jefatura, así como el aventurerismo militar. Por precisas que sea la mayor parte de esas comparaciones técnicas, no definen doctrinas y regímenes que en la mayor parte de los aspectos sea generalmente parecidos al fascismo. Todos los regímenes comunistas con la única excepción de Yugoslavia han permanecido fieles a los principios leninistas-stalinistas de total burocracia estatal, colectivismo estatal casi total (con pequeñas excepciones) y materialismo filosófico. Se trata de principios fundamentales absolutamente opuestos al fascismo.

Aunque los pequeños y diversos movimientos fascistas fundados en los Estados Unidos en los años 30 no prosperaron, a veces también se han señalado las características fascistas de movimientos radicales de minorías en los Estados Unidos. Marcus Garvey afirmaba haber inventado el fascismo²⁶², mientras que los Panteras Negras, con su racismo, su violencia y su autoritarismo, daban muestras de algunas de las características fundamentales²⁶³. Un libro sobre el movimiento de "La raza" de César Chávez cita²⁶⁴ cinco características "nazis" del nacionalismo chicano: 1) deificación de los líderes; 2) exaltación de un grupo de *Übermensch* o de "gran raza" al que se ha de

²⁶¹ Estos términos se han tomado de A. Malukhin, *Militarism- Backbone of Maoism* (Moscú, 1970), pág. 33 y *L'Assim*, citado en un manuscrito inédito por A. James Gregor.

²⁶² Gregor, *Fascist Persuasion*, pág. 360-375.

²⁶³ Cf. *Ibid.*, pág. 375-388.

²⁶⁴ Party Newman, *Do It Up Brown!* (San Diego, 1971).

colectivizar y hacer esclavo de sí mismo con objeto de que ocupe el lugar que le corresponde en la historia; 3) la necesidad de conquistar un *Reich* o un *Lebensraum* mayores, en el cual resida la gran raza en gloria colectiva; 4) un vago socialismo utópico específicamente para la gran raza, y 5) un rechazo absoluto del individualismo y del indivisio y de los derechos de propiedad a favor del colectivo. Pese a la detallada que es esta lista, no logra convencernos de que en este caso nos estemos ocupando de un movimiento fascista, tanto porque la lista deforma las características del nazismo europeo, como porque otras características del movimiento de Chávez, como su orientación católica y su relativa repugnancia por la violencia, lo descalifican en ese sentido.

En los años 60 y principios de los 70 también se atribuyeron a los revolucionarios estudiantiles grandes posibilidades de adoptar el papel de neofascistas. Entre sus características supuestamente fascistas figuraban la formación de la ideología por la acción y no por la teoría, el antiintelectualismo, el no racionalismo, el voluntarismo y el activismo, la tentativa de trascender tanto el liberalismo como el marxismo en busca de un nuevo futurismo, la fascinación con los mitos y los héroes, el reclutamiento mediante un "generacionismo de clase", el uso de la violencia, el odio a las plutocracias, la defensa de las doctrinas de las naciones proletarias en pro de los nacionalismos del tercer mundo o comunistas, y el apoyo al militarismo extremo entre estos últimos. La lista no dejaba de ser impresionante, pero carecía, por lo menos, de un número igual de puntos en los cuales los estudiantes radicales diferían fundamentalmente del fascismo.

Uno de los grupos más importantes de candidatos al fascismo contemporáneo ha sido el formado por las nuevas dictaduras africanas de la última generación. Parece que algunas cualidades como el nacionalismo extremo, el racismo, el etnocentrismo, los sistemas nominalmente de partido único, la utilización complicada de los mitos y la religiosidad nacional, las jefaturas carismáticas y diversas formas de "socialismo africano" se aproximaban a la tipología fascista²⁶⁵. Pero si se inspecciona más de cerca el carácter de las dictaduras africanas, surgen graves dudas acerca de la tipología del "fascismo africano". Paul Hayes lo ha dicho de forma bastante clara: "Cabe hallar en algunos de los países africanos muchas de las características del fascismo europeo, aunque es raro que se hallen varias al mismo tiempo y en el mismo país"²⁶⁶. En estos casos el principio de la jefatura se parece más al *caudillaje* del Caribe que al italiano o el alemán. Por lo general, los partidos únicos no resultan ser gran cosa como partidos organizadores, y la economía política no llega ni mucho menos a un nacional sindicalismo organizado o a una economía regulada por el estado en el sentido centroeuropeo de esos términos²⁶⁷. Por último, la cultura filosófica específica del fascismo y el nazismo brilla por su ausencia. Lo más que se puede decir es que quizá el ejemplo fascista de dictadura nacionalista de partido único fuera el precedente inicial de esos regímenes, pero no se ha reproducido ninguna tipología específica y completa de fascismo europeo. Además, la nueva ola de dictaduras africanas de los años 70 ha

²⁶⁵ Véase una formulación más específica en A. James Gregor, "African Socialism and Fascism: An Appraisal", *Review of Politics* 29.3 (julio de 1967), pág. 353-399; *Fascist Persuasion*, pág. 406-409. Cabe hallar una aplicación más amplia en Anthony J. Joes, *Fascism in the Contemporary World* (Boulder, 1978); "Fascism: The Past and the Future", *Comparative Political Studies* 7.1 (abril de 1974), pág. 107-133; y "The Fascist Century", *Worldview* 21.5 (mayo de 1978), pág. 19-23.

²⁶⁶ Hayes, *Fascism*, pág. 208. Maurice Bardèche, único intelectual fascista de nota que se ha esforzado por definir el fascismo después de terminar la era fascista, insiste de forma convincente en que los llamados fascismos del Tercer Mundo son "falsos fascismos". Las diferencias en que hace hincapié son, sobre todo, culturales. *Qu'est-ce que le fascismo?* (París, 1961).

²⁶⁷ Arnold Hughes y Martin Kolinsky, "Paradigmatic Fascism and Modernisation: A Critique", *Political Studies* 24.4 (diciembre de 1976), pág. 371-396.

sido claramente leninista/stalinista y ha tratado de aplicar normas, derivadas de Rusia, la burocracia estatal total y de colectivismo estatal, tan total como lo permiten las circunstancias. Estos objetivos de régimen son muy distintos del fascismo.

Después de todo, el fascismo fue la única gran ideología nueva del siglo XX, y no es de sorprender que varias de sus características clave vuelvan a aparecer en movimientos radicales y en regímenes autoritarios nacionales en momentos ulteriores y en otras regiones²⁶⁸, aunque en general el perfil de los nuevos grupos sea distinto de los fascismos europeos genéricos. Cabe especificar varias de esas características:

1. Autoritarismo nacionalista permanente de partido único, que no es pasajero ni preludio del internacionalismo.
2. Principio de jefatura carismática, incorporado también por muchos regímenes comunistas y de otro tipo.
3. Búsqueda de la ideología etnicista sintética, distinta del liberalismo y el marxismo.
4. Sistema estatal autoritario y economía política de corporativismo o sindicalismo o socialismo parcial, más limitada y pluralista que el modelo comunista.
5. Principio filosófico de activismo voluntarista, no limitado por ningún determinismo filosófico.

En estos aspectos, la experiencia fascista fue fundamental para la revolución y el nacionalismo autoritario en el siglo XX. En ese sentido, la influencia del fascismo seguirá sintiéndose en el futuro, y también la sentirán algunos de los antifascistas formales más vociferantes.

Bibliografía

Aunque ya bastante antes de la segunda guerra mundial aparecieron las primeras obras sobre el fascismo y el nacional socialismo, algunas de ellas de un valor considerable, no se publicaron estudios globales y comparados del fascismo hasta que pasó una generación. La entrada del período en la perspectiva histórica fue lo único que permitió estudiar el fascismo como fenómeno más general e histórico, en lugar de cómo problema político o militar inmediato, las dos obras principales que iniciaron el "debate sobre el fascismo" en la historiografía y la teoría contemporáneas fueron la de Nolte, *Der*

²⁶⁸ La exposición más completa es la de Gregor en *Fascist Persuasion*.

Faschismus in seiner Epoche (Munich, 1963), traducida al inglés con el título de *Three Faces of Fascism* (Nueva York, 1966); y la de Eugen Weber, *Varieties of Fascism* (Nueva York, 1964). (Hay traducción al castellano de la primera: *El fascismo en su época*, Ed. Península, Barcelona, 1968). Ambas tenían la fuerza de la originalidad y de su enfoque comparado nuevo, y examinaban el fascismo como fenómeno histórico único con diversas manifestaciones.

En los diez años siguientes, más o menos, aparecieron varios relatos generales descriptivos, así como simposios sobre múltiples aspectos o manifestaciones del fascismo, encabezados por el número especial de la *Journal of Contemporary History*, titulado "Internacional Fascism 1920-1945" (1966). Compilado por George L. Mosse y Walter Lacqueur, al que siguió un segundo número especial diez años después (los dos se publicaron juntos posteriormente con el título de *Internacional Fascism* (Londres, 1979); y por la obra de Nolte, *Die Krise des liberalen System und die faschistischen Bewegungen* (Munich, 1968). (Hay traducción al castellano: *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*. Ed. Península, Barcelona, 1971). A estos siguieron los dos volúmenes de estudios compilados por Steward J. Wolf: *The nature of Fascism* (Londres, 1968), y *European Fascism* (Londres, 1969). (Hay traducción al castellano: *El fascismo europeo*. México D.F., 1970).

De los estudios generales, el de Alan Cassels titulado *Fascism* (Nueva York, 1975) es el más útil como texto descriptivo, mientras que el de Otto-Ernst Schüdekopf, *Fascism* (Nueva York, 1973), es el mejor ilustrado, y el de H.R. Kedward, *Fascism in Western Europe, 1900-1945* (Nueva York, 1971), es el más superficial, por no decir inexacto. El de F.L. Carsten, *The Rise of Fascism* (Berkeley/ Los Angeles, 1967), describe el crecimiento del fascismo y del nacionalsocialismo y estudia los movimientos fascistas de otros países. (Hay traducción al castellano: *La ascensión del fascismo*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1970). En Paul Hayes, *Fascism* (Londres, 1972), se hace un relato de algunas de las ideas y las influencias culturales subyacentes.

Mucho más útil es la obra de Walter Lacqueur, comp., *Fascism: A Reader's Guide* (Berkeley/ Los Angeles, 1976), rica colección de estudios y de trabajos de interpretación y analíticos, en la cual se destacan las "Notes Toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspective" de Juan L. Linz, como la mejor introducción disponible a la sociología comparada del fascismo. También se facilita mucha información en la obra colectiva de Stein U. Larsen y otros, comps., *Who Were the Fascists?* (Oslo-Bergen, de próxima publicación).

Son muy pocos los estudios comparados explícitos de los movimientos fascistas. Es probable que el ejemplo más vívido sea el de N. M. Nagy-Talavera, *The Green Shirts and the Others: A History of Fascism in Hungary and Romania* (Stanford, 1970), pero el más general y sistemático es el de H.-U. Thamer y Wolfgang Wippermann, *Faschistische und neofaschistische Bewegungen* (Darmstadt, 1977). Otros son los de W. Schieder, comp., *Faschismus als soziale Bewegung* (Hamburgo, 1976); Jean Plumyène y Raymond Lasierra, *Les Fascismes français, 1923-1963* (parís, 1963); Michael Ledeen, *Universal Fascism* (Nueva York, 1972); y Manuel de Lucena, *A evolução do sistema corporativo português* (Lisboa, 1976), 2 volúmenes. La obra de P. F. Sugar, comp., *Nativa Fascism in the Successor States, 1918-1945* (Santa Bárbara, 1971), trata de Europa oriental; y la de Hans Rogger y Eugen Weber, comps., *The European Right* (Berkeley/ Los Angeles, 1965), establece comparaciones y contrastes con la derecha. Por último, hay estudios relativos a diversos elementos del fascismo y la derecha autoritaria dentro de un mismo país, como el de René Rémond, *The Right-Wing in France from 1815 to De Gaulle* (Filadelfia, 1969); Francis T. Carsten, *Fascist Movements in Austria: From Schönerer to Hitler* (Londres, 1976); Richard A. Robinson, *The Origins of Franco's Spain* (Pittsburg, 1970). (Hay traducción al castellano: *Los orígenes de la España de Franco*. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1974); y Edward D. Wynot, Jr., *Polish Politics in Transition* (Athens, Georgia, 1974).

Los dos mejores análisis sintéticos de las principales teorías que se han expuesto para explicar el fascismo son A. James Gregor, *Interpretations of Fascism* de Renzo de Felice (Cambridge, Massachussets, 1977), así como su gran antología y comentario *Il fascismo: Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici* (Bari, 1970); y la antología de Nolte, *Theorien über the Faschismus* (Colonia, 1967). La obra de Henry A. Turner, Jr., comps., *Reappraisals of Fascism* (Nueva York, 1976), representa algunas reinterpretaciones recientes; y también debe mencionarse en ensayo-entrevista de interpretación de De Felice, *Fascism* (New Brunswick, 1977), y la obra de George L. Mosse, *Nazism: A History and Comparative Analysis of National Socialism* (New Brunswick, 1978).

Las tentativas más decididas de situar al fascismo en un contexto general de radicalismo y revolucionarismo contemporáneos son las de A. James Gregor, *The Fascist Persuasion in Radical Politics* (Princeton, 1974), y la de Ludovico Garruccio, *L'industrializzazione tra nazionalismo e rivoluzione* (Bologna, 1969). Anthony J. Joes, en *Fascism in the Contemporary World* (Boulder, 1978), formula unas comparaciones muy generales. Cabe hallar una comparación original y provocativa entre el fascismo italiano y el comunismo de Domenico Settembrini, *Fascismo contrarivoluzione imperfetta* (Florenca, 1978).

Indice

Prefacio.....	2
1. ¿Qué significa el término <i>fascismo</i> ?.....	3
2. Algunos antecedentes históricos del nacionalismo autoritario en Europa.....	15
3. Los movimientos fascista y nacionalsocialista.....	28
4. Los regímenes de Mussolini y de Hitler.....	45
5. Otros movimientos y regímenes.....	68
6. Supervivencias postfascistas: España y Portugal.....	88
7. ¿Fascismo fuera de Europa?.....	101
8. Teorías del fascismo.....	111
9. El fascismo genérico: una conclusión.....	120